

# ¿Por qué nació la juntura «Tradición Clásica»? Razones historiográficas para un concepto moderno<sup>1</sup>

Francisco GARCÍA JURADO

Universidad Complutense  
pacogj@filol.ucm.es

Recibido: 4 de diciembre de 2006

Aceptado: 7 de marzo de 2007

## RESUMEN

«Tradición Clásica» es una juntura de carácter historiográfico, concebida, sobre todo, para referirse a un tipo de relación («a en b») entre las literaturas antiguas y las modernas, una vez las primeras quedaron concebidas como objetos de estudio diferenciados de las segundas. En un principio, al hablar de «tradición» y de «estudios tradicionales» se entendía, por definición, la adscripción al ámbito culto de la herencia grecolatina. En cierto momento, sin embargo, se hizo pertinente la precisión del adjetivo «clásica», ante el avance del estudio de las nuevas tradiciones, populares y modernas. El antiguo adjetivo «clásico», metáfora tomada del ámbito social para designar a los mejores autores en una ideal y atemporal república literaria, añadió a su carácter estético una dimensión histórica: literaturas y lenguas clásicas, como categoría remitible a la Antigüedad grecorromana. Asimismo, su sentido se fue restringiendo frente a «moderno», «cristiano» y «popular».

**Palabras clave:** Tradición Clásica, Historiografía literaria, Literatura grecolatina clásica, Historia de los conceptos.

GARCÍA JURADO, F., «¿Por qué nació la juntura “Tradición Clásica”? Razones historiográficas para un concepto moderno», *Cuad. fil. clás. Estud. Lat.* 27, 1 (2007) 161-192.

## Why was the join «Classical Tradition» born? Historiographic reasons for a modern concept

## ABSTRACT

The term «Classical Tradition» is a join of historiographical nature. It was thought mainly to signify a kind of relationship («a in b») between the Ancient and the Modern literatures, as far as the first ones were understood as an object of study different from the second ones. At the beginning, the terms of «tradition» and «traditional studies» were referred, by default, to the educated field of the Greek-Latin heritage. However, in a certain moment it was necessary to fix the adjective «classical», because of the progress of the studies on the new both folk and modern traditions. The old adjective «classical», a metaphor taken from the social field to point out the best authors in an idealistic and timeless literary

---

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el Grupo Complutense de Investigación 930136 «Historiografía de la literatura grecolatina en España», y continúa el trabajo titulado «La reinención del “Renacimiento” en el siglo XIX español» (*IV Congreso internacional de Humanismo y Pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto* [Alcañiz, 9-14 de mayo de 2005]). Una vez más, dedico este trabajo a mis compañeros del Grupo UCM. Agradezco a María José Barrios, José Joaquín Caerols, David Castro, Vicente Cristóbal y Tomás González Rolán la atenta lectura que han hecho de versiones previas de este trabajo.

republic, added a historical dimension to its aesthetic meaning: the classical literatures and languages, as a category referred to the Greek and Roman Antiquity. Likewise, the meaning of this adjective was restricted in opposition to «modern», «Christian» and «folk».

**Keywords:** Classical Tradition, Literary Historiography, Classical Greek-Latin Literature, Conceptual History.

GARCÍA JURADO, F., «Why was the juncture “Classical Tradition” born? Historiographic reasons for a modern concept», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.* 27, 1 (2007) 161-192.

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. «Sabias» y «Clásicas»: nueva consideración de las lenguas antiguas. 3. «Historia de las literaturas clásicas», particularmente la latina. Su renacimiento y tradición. 4. «Clásico» frente a «moderno», «cristiano» y «popular». El nuevo concepto de «Tradición Clásica». 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas.

«No podemos ya prescindir del concepto de lo clásico, ni tenemos por qué renunciar a él; pero tampoco renunciaremos a nuestro derecho de analizar históricamente nuestras categorías estéticas»

(Ernst Robert Curtius, «Clasicismo») (Curtius 1989, p. 353)

«¡La Edad Media clásica! ¡Vaya combinación de palabras más extravagante!»

(Thomas Mann, *La montaña mágica*) (Mann 2006, p. 542)

## 1. INTRODUCCIÓN

Conviene recordar a aquellos que crean superflua la reflexión sobre nuestras categorías fundamentales para entender la Antigüedad y su continuidad en el mundo moderno que éstas, pese a lo que pueda parecer a simple vista, resultan de acuñaciones relativamente recientes. Que un término como «Humanismo» apenas cuente con dos siglos de existencia, o que la palabra «Renacimiento» resulte de una acuñación historiográfica de mediados del siglo XIX son datos que dan que pensar. Cuesta creer que el primero que habló de una literatura concreta (la latina) en términos históricos y netamente nacionales fue F.A. Wolf, precisamente en 1787<sup>2</sup>. No obstan-

---

<sup>2</sup> Wolf antepone la concepción de la literatura latina en términos de una «literatura nacional», voz de un pueblo, a su carácter de literatura universal: «L'operazione di Wolf presenta due caratteri distintivi che, a rigore, non sarebbero novità assolute, ma che di fatto saranno sentiti come innovatori, un po' perché si perderanno progressivamente di vista i precedenti (considerati residui di un atteggiamento 'precientifico'), soprattutto perché entrambi sono combinati con l'idea generale (questa, sì, frutto dei tempi nuovi) della letteratura intesa come rappresentazione dell'andamento globale della cultura di un popolo» (Gianotti 1988, p. 57). En cuanto al carácter nacional, hay que hacer observar que el título de la obra de Wolf habla de «Römischen Litteratur» y no de «Lateinische Litteratur». A este respecto, puede verse la precisión que hace Ludwig Bieler (Bieler 1983, pp. 9-10) sobre el carácter más restrictivo de «Literatura Romana», pero también cabe hacer notar que en España la distinción ha sido, en la práctica, poco funcional. Sólo aduciremos un ejemplo significativo: la *Geschichte der römischen Literatur* de Johan Christian Felix Baehr, publicada en Karlsruhe en 1828, se traducirá en España en 1878 con el título de *Historia de la Literatura Latina* (Baehr 1879).

te, y al margen de la autoría puntual de una acuñación, es importante precisar que tales hechos son, ante todo, producto de la época que fue capaz de plantearlos por vez primera. No se pudo hablar, pongamos por caso, de una «Historia de la literatura latina» hasta que el pensamiento ilustrado no fue capaz de entender la Historia como una razón en sí misma para explicar los hechos literarios, más allá de la intemporalidad de la Poética clásica<sup>3</sup>.

Hasta el siglo XVIII, si bien se había ido creando una polaridad entre «autores antiguos» y «modernos», remitible a la famosa «Querelle»<sup>4</sup>, no existía necesidad de establecer una frontera epistemológica entre unos y otros que los convirtiera en objetos diferentes de estudio. El discurso de la Poética, con su énfasis en los aspectos intemporales y universales del hecho literario, no requería de distinciones semejantes. Una vez queden bien diferenciados y legitimados los objetos de estudio de las literaturas antiguas y modernas, será cuando la juntura «Tradición Clásica» nazca, precisamente, a caballo de esta polaridad: aunque se considera que las literaturas nacionales modernas son herederas de la antigua literatura clásica, también se entienden ya como algo *esencialmente* distinto. La «Tradición Clásica», por tanto, nacerá como una disciplina específica que permita estudiar la herencia clásica grecolatina de las literaturas modernas cuando, paradójicamente, ha surgido ya una conciencia histórica de la Antigüedad como algo terminado y ajeno.

Hace relativamente poco tiempo, hemos tenido ocasión de ver cómo tres estudios coincidían en la preocupación terminológica por la juntura «Tradición Clásica». Por orden cronológico, estos estudios son los de Vicente Cristóbal (1999; luego 2005), González Rolán *et alii* (2002) y Laguna Mariscal (2004).

Cristóbal ofrece un oportuno planteamiento etimológico de los términos «tradición» y «clásica», entendidos de manera separada:

Nada mejor que un acercamiento etimológico a la palabra «tradición» para proyectar luz sobre el correspondiente concepto. (En cuanto al adjetivo «clásica» está claro que se refiere a la dualidad de lo griego y lo latino.) «Tradición» viene del latín *traditio*, sustantivo abstracto de la misma raíz que el verbo *do*, con el sufijo propio de abstractos *-tio* y con el prefijo *tra-* (*trans*), «transpaso», «donación sucesiva», «transmisión hereditaria». El término latino, como se sabe, ha evolucionado de doble manera hasta el castellano: una, por vía culta, como mera transcripción, dando «tradición»; y otra, por vía popular, con pérdida de la dental sonora intervocálica, dando «traición».

<sup>3</sup> Romero Tobar expresa muy bien esta tensión creada por la temporalidad del hecho literario: «El cambio es el problema de fondo de la historia literaria y la percepción de su importancia fue el gran acontecimiento epistemológico que da razón de ser a las prácticas historicistas. Frente a la percepción intemporal de la Poética clásica, la percepción y evaluación del cambio literario implica a los historiadores en la interpretación de los modos operativos de la diferencia y la discontinuidad, ya que –como se ha dicho tantas veces– la lucha por la expresión se articula en una dialéctica de tradición y originalidad» (Romero Tobar 2004b, p. 81).

<sup>4</sup> Para este asunto resulta imprescindible el ensayo de Marc Fumaroli titulado «Les abeilles et les araignées» (Fumaroli 2001), que sirve de prefacio a una completa selección de los textos antiguos que articularon la «Querelle». También resulta muy útil la concisa aproximación de Chris L. Heesakkers (Heesakkers 2005). Asimismo, no debe olvidarse el hecho significativo de que los términos empleados en la «Querelle» sean, precisamente, «antiguos» frente a «modernos». Será en el siglo XIX cuando se plantee la oposición, más cercana a nosotros y desde otras claves estéticas, de «clásicos» frente a «modernos», y de manera más precisa «románticos».

Y en ambos términos subsiste la noción de «entrega», pero adquiriendo en el segundo de ellos esa connotación de daño y perjuicio para aquello que es objeto de entrega. Es oportuno, pues, tener en cuenta esta vinculación de las dos palabras castellanas, hijas de una sola latina. Pero repárese en cómo el prefijo *tra-* confiere a la formación resultante esa idea de sucesión o diacronía que es en ella nota especialmente significativa. (Cristóbal 1999, p. 165)

En lo que responde a la juntura «Tradición Clásica», apela a Highet como el inventor de la acuñación y después indaga en los límites de la disciplina, expresando la necesidad de que siempre haya una relación de dependencia, transmisión o vinculación genética entre la Antigüedad y el estadio posterior que estudiemos (Cristóbal 2005, p. 166)<sup>5</sup>.

González Rolán, Saquero y López Fonseca (González Rolán *et alii* 2002), al considerar también la tradición textual de los autores clásicos, establecen una interesante dicotomía entre lo que es una tradición propiamente intralingüística (tradición textual) y otra donde los motivos y los aspectos de la literatura antigua trascienden a las lenguas modernas. Asimismo, al dedicar su estudio, precisamente, a la Tradición Clásica en la Edad Media, ponen de manifiesto lo erróneo que resulta considerar lo medieval como algo ajeno al legado de la Antigüedad:

A primera vista puede parecer sorprendente y hasta paradójico que relacionemos los términos tradición clásica, o humanismo, con la Edad Media, sea hispánica o europea, en primer lugar, porque la inmensa mayoría de los historiadores de las literaturas vernáculos cuando dedican un capítulo a estos temas lo comienzan siempre a partir del Renacimiento y sobre todo porque los propios humanistas italianos dejaron muy claro que su ideal de civilización inspirado en la Antigüedad grecolatina se oponía radicalmente a la Edad Media, que para ellos era sinónimo de barbarie ... (González Rolán *et alii* 2002, p. 19)

Tal idea fue alimentada tanto por lo que el primer humanismo supuso de superación de ciertos hábitos propiamente medievales, como por el pensamiento ilustrado. Sin lugar a dudas, la oposición entre lo «medieval» y lo «humanístico» (entiéndase «renacentista») constituye una polaridad, muy productiva en el siglo XIX, que dividió a ciertos teóricos entre los partidarios de lo clásico, de un lado, y de lo medieval (bizantinismo, goticismo), por otro<sup>6</sup>. Esto coincide con la compleja tensión entre «clásicos» y «románticos» de la que hablaremos más tarde. No en vano, el término «Re-

<sup>5</sup> También es interesante observar, como hace Martín Rodríguez (1999, pp. 150-158) desde un punto de vista meramente semántico, que el verbo *trado* se actualiza para designar la acción de «transmitir conocimientos», ya en las fronteras del campo a que pertenece. Asimismo, la transmisión de conocimientos se puede concebir también como «enseñanza», lo que pone al verbo muy cerca de *doceo*, si bien se diferencia de él por el sema «perduración» que presenta *trado*, y que lo hace próximo a *relinquo* a la hora de expresar el acto de «transmitir de generación en generación». «Clásico», por su parte, proviene de *classicus*, derivado del término *classis*, y responde a una vieja y conocida metáfora que traslada del ámbito social al literario el estamento de los autores: un «clásico» es el que no está dentro de la clase inferior de los *proletarii*.

<sup>6</sup> Lo hemos expuesto en la reseña que de este libro hicimos en la revista *Liceus* (García Jurado 2004a).

nacimiento» se acuña en el contexto de esta polaridad, sólo en apariencia insalvable, dado que la «Tradición Clásica» corrige lo anterior cuando engloba dentro de su estudio la transmisión de los clásicos durante la Edad Media. La obra de González Rolán *et alii* se inscribe conscientemente en la línea de los estudios de Ernst Robert Curtius, quien, al margen de sus carencias, trata de buscar la unidad europea a través de la misma transmisión del legado clásico durante la Edad Media.

Vemos, por tanto, que estos autores hacen uso de útiles argumentos etimológicos y terminológicos, encaminados, sobre todo, a la delimitación del estudio de la propia Tradición Clásica. El recurso a la etimología, que ha justificado incluso maneras de hacer filosofía, no aclara, sin embargo, un hecho que puede ser fundamental, como es el de la propia juntura de los dos términos. En principio, parece haber un argumento *ex silentio* por el que se considera que la juntura es fruto de la simple suma de los dos términos, de forma que el significado global de la expresión no constituye algo distinto con respecto a los dos términos confluyentes si se toman por separado. Como luego veremos, en un principio, al hablar de «tradición» o de «estudios tradicionales» se entendía perfectamente su adscripción a la herencia grecolatina. Por lo tanto, algo tuvo que motivar que el adjetivo «clásica» terminara acompañando a «tradición». Sin embargo, el adjetivo no añade nada a «tradición», sino que precisa, más bien, su ámbito de designación frente a otras nuevas tradiciones. Sería necesario acudir al momento en que se conforma la juntura para averiguar qué circunstancias concretas pudieron motivar su creación.

Laguna ofrece a este respecto un dato decisivo para resolver el problema antes planteado. Este autor, que lleva años investigando la génesis del libro *The Classical Tradition*, de Gilbert Highet, el conocido estudioso que pasa por ser el creador de la expresión tras la publicación de su famoso libro en 1949, ha descubierto que la acuñación pertenece al siglo anterior, y la retrotrae al filólogo italiano Domenico Comparetti en su libro *Virgilio nel medioevo*, publicado en 1872. Según Laguna, Highet, tras haber leído la versión inglesa de este trabajo, habría tomado de una manera más o menos velada sus ideas capitales y, entre otras cosas, habría propiciado la difusión de «Classical Tradition» como la manera más universal para referirse a los estudios relativos a la herencia cultural del mundo clásico en Occidente. En buena medida, la discusión positiva acerca del sujeto que utilizó por vez primera una categoría tal constituye un dato fundamental, pero no debe olvidarse que tales acuñaciones son fruto no tanto de una persona, aquella que tuvo la suerte de pronunciarlos por primera vez, como de una época. El hecho, por tanto, debía de trascender al propio Comparetti y más importante incluso que el dato de su nombre o su obra iba a ser, precisamente, la fecha de publicación del libro en 1872. Curiosamente, como ya se ha estudiado en otros lugares y nosotros mismos lo hemos hecho para el caso español, el término Renacimiento, entendido por antonomasia y escrito con mayúscula para referirse a una determinada época donde se supone que comienza la modernidad, también es una creación cercana en el tiempo, en torno a 1860, y parece que los autores que lo acuñan y difunden son dos: los historiadores Jules Michelet y Jacob Burckhardt. Si prestamos atención a ambas acuñaciones, observamos que responden a una preocupación común: la relación del mundo antiguo con el moderno. La categoría historiográfica «Renaci-

miento» provenía del sintagma «renacimiento de las letras y las artes», y suponía una metáfora de la recuperación del mundo antiguo al cabo de varios siglos de oscuridad, lo que daba lugar, precisamente, al comienzo del mundo moderno. En lo que respecta a las letras, implica el renacer del latín clásico con las tensiones subsiguientes que su cultivo experimenta ante los comienzos de las literaturas modernas. Será, precisamente, en la progresiva diferenciación de las literaturas escritas en lengua moderna como un objeto de estudio distinto donde irá encontrando su lugar de ser la juntura «Tradición Clásica», en calidad de disciplina híbrida entre dos objetos de estudio que tienden cada vez más a su escisión epistemológica<sup>7</sup>: la literatura grecolatina como punto de partida y las modernas literaturas nacionales como punto de llegada.

Cabe preguntarse, en definitiva, si el argumento etimológico y el documental son suficientes para dar cuenta de la formación de la juntura. Desde nuestro punto de vista, es necesaria también una aproximación historiográfica, a partir del análisis acerca de cómo se generan y articulan las modernas disciplinas que hoy dan nombre a nuestros estudios y categorías. Serán, a este respecto, muy útiles ciertos argumentos de carácter semántico<sup>8</sup>.

Nuestra hipótesis de trabajo parte del hecho de que la juntura Tradición Clásica se crea, precisamente, cuando se dan las condiciones necesarias, como el carácter histórico y ajeno del mundo antiguo, además de la conciencia de nuevas formas de tradición que cada vez van a cobrar mayor reconocimiento, en especial la tradición popular y la moderna. Si el término se acuña en un momento determinado, cabe preguntarse, según estos supuestos, cuáles son las maneras previas de referirse a lo que entendemos por «Tradición Clásica» y que nos permiten apreciar cómo se fue perfilando el concepto. Además, si la Tradición Clásica estudia, de manera restrictiva<sup>9</sup>, la presencia de la literatura clásica en las literaturas modernas, debemos entender que la primera ya se considera como una realidad epistemológica diferente de las segundas, tanto en el plano de la expresión (lenguas griega y latina) como en el del contenido

---

<sup>7</sup> Esta circunstancia dio lugar a que la literatura neolatina quedara en una suerte de tierra de nadie, pues si bien desde el punto de vista de la lengua aparece ligada a la historia de la literatura latina, desde el punto de vista temporal convive con las literaturas vernáculas.

<sup>8</sup> Para analizar el desarrollo del concepto de «Tradición Clásica» en el contexto de las nuevas acuñaciones sobre la Antigüedad y su resurgir en el mundo moderno recurriremos a argumentos de carácter semántico, como puede ser el análisis de las oposiciones inmediatas que presenta la juntura («Tradición Clásica» frente a «Tradición Popular», por ejemplo). Nuestros argumentos, si bien no son los mismos, se acercan a los que se utilizan en la llamada «Historia de los conceptos» o «Begriffsgeschichte», cuyo mayor representante ha sido Reinhart Koselleck (1993). Este autor trata de analizar los conceptos en su tiempo y contexto histórico, frente a la aplicación anacrónica de categorías actuales a circunstancias históricas pasadas. Asimismo, es importante observar las razones por las que se ha conformado un concepto histórico de una manera determinada, dado que los conceptos son registros de la realidad y, al mismo, tiempo, factores de cambio. Para nuestro estudio en particular, nos han resultado muy útiles los análisis relativos a la conformación de las categorías de «Edad Media» (como espacio intermedio entre la Antigüedad y la Modernidad) y «Renacimiento». Volveremos a tales análisis más adelante.

<sup>9</sup> En este trabajo vamos a centrarnos únicamente en la tradición literaria. Si bien la juntura «Tradición Clásica» se ha terminado aplicando a otras manifestaciones artísticas, conviene no olvidar que su primer ámbito de aplicación fue la historia literaria.

(períodos, géneros y temas específicos). Precisamente, es esta diferenciación y aco-tación epistemológica la que permitirá a los modernos historiadores de la literatura examinar cómo la literatura clásica bien «renace», bien «pervive» en el mundo moderno, es decir, en una realidad histórica distinta. Aun a riesgo de simplificar en exceso, debemos decir que esta modalidad de estudio, de naturaleza positiva<sup>10</sup> e historicista, creará dos vertientes hoy bien asentadas, aunque a menudo de difusos límites: la primera concierne a los estudios de «Humanismo», término creado en Alemania a comienzos del siglo XIX sobre el viejo término *humanitas* (Cicerón, Gellio), y aplicado de manera retrospectiva; la segunda se refiere a la «Tradición Clásica». Quedan así contemplados dos aspectos diferentes pero complementarios: el «renacer de lo clásico, sobre todo en su expresión lingüística genuina», y la «Tradición», enfocada mayormente a la «pervivencia del legado grecolatino en las lenguas modernas»<sup>11</sup>. De esta forma, la delimitación conceptual y temporal de la historia de la literatura clásica grecolatina determinará la creación de un nuevo concepto también histórico: el de la Tradición Clásica, precisamente como historia de la pervivencia de la literatura clásica en el mundo medieval y moderno.

Nuestro estudio sobre el concepto de Tradición Clásica intenta reconstruir el complejo proceso de construcción conceptual que explica tanto los pasos previos (la acuñación del concepto de «literatura y lengua clásica/sabia» y el desarrollo de los términos «humanismo» y «renacimiento»), como las restricciones de designación de la juntura, en especial con lo «moderno», lo «cristiano» y lo «popular». Para ello, vamos a estudiar, en primer lugar, la transformación semántica que experimenta el adjetivo «clásico» en los siglos XVIII y XIX, cuando desde su condición de término eminentemente estético adquiere también un contenido histórico y comienza a denominar, en alternancia con el adjetivo «sabio», las lenguas de la Antigüedad y el conjunto de los autores grecolatinos por antonomasia. Asimismo, veremos cómo se produce una analogía entre «lenguas sabias» o «clásicas» y la designación de sus literaturas mediante estos mismos términos, precisamente cuando se constituyen las primeras historias de la literatura clásica. Revisaremos las maneras de referirse al Renacimiento

---

<sup>10</sup> El positivismo pone en primer lugar los datos y sobreentiende su existencia más allá de cualquier posible interpretación. Desde esta perspectiva, debe considerarse que la literatura latina es un conjunto delimitado de datos («autores y obras») cuya existencia no depende de las interpretaciones ulteriores, y cuya presencia («a») en otras literaturas («b») se produciría siempre sin perder su esencia originaria y en un solo sentido («a» en «b»), es decir, sin posibilidad de que la relación creara un nuevo objeto de conocimiento, como podría ocurrir desde una perspectiva estructural o sistémica (la relación entre «a» y «b» puede modificar la naturaleza de ambos en la medida en que su delimitación conceptual depende de la propia oposición). Si bien los estudios de Tradición Clásica se enfocaron desde un primer momento con una perspectiva positivista e historicista, encontraron detractores, inspirados precisamente en estos mismos presupuestos, dado que el estudio de la literatura latina que va más allá de sus límites propios (es decir, el conjunto de datos relativos a los autores y las obras latinas) les resulta algo accesorio y prescindible. Asimismo, para los estudiosos de las literaturas modernas, consideradas igualmente dentro de sus límites cronológicos, el conocimiento de la relación de éstas con las literaturas clásicas no dejaría de ser, más allá de un estudio de fuentes, algo periférico en el conjunto de sus intereses.

<sup>11</sup> A la complementariedad y pujanza de ambos conceptos dedica Gómez Moreno (2006) un interesante trabajo que reivindica una relectura de los autores grecolatinos desde las claves de una profunda revisión de nuestra historia cultural.

y Tradición de estas literaturas, en especial la latina, en el mundo moderno y, finalmente, consideramos cómo el término «Tradición» tuvo que restringirse con el adjetivo «Clásica» cuando comenzaron a articularse otras formas de tradición. Es importante hacer notar que nuestro estudio se centra en su acuñación dentro de la lengua española y del contexto cultural hispano, que no es más que un reflejo de lo que está ocurriendo en Europa<sup>12</sup>.

Para llevar a cabo nuestro análisis hemos elegido dos tipos de *corpora*: el *Corpus Diacrónico del Español*<sup>13</sup>, disponible en la página web de la Real Academia Española, y el *corpus* de manuales de historia de la literatura latina publicados en España durante el siglo XIX. Cada *corpus* presenta unas características bien distintas. Con el primero vamos a rastrear los primeros usos de los adjetivos «sabio» y «clásico» en junturas como «autores clásicos», «literatura clásica» y «lenguas clásicas». En este caso, vamos del análisis de la expresión al del contenido. Con el segundo tipo de *corpus* rastreadremos las diferentes maneras de denominar la literatura latina, su renacimiento y su tradición. En este caso, iremos del contenido al análisis de las diferentes expresiones. Este segundo objeto de estudio elegido resulta novedoso, dado el material utilizado. Pese a lo que pudiera pensarse a simple vista, los manuales escolares de literatura reflejan de una manera fidedigna la extensión y asentamiento de los nuevos conceptos historiográficos<sup>14</sup>. Asimismo, para completar los datos relativos a la acuñación de «Tradición Clásica» en España volveremos a los testimonios del CORDE.

Nuestro plan de trabajo es el siguiente: en el apartado 2 vamos a centrarnos en la relectura que se hace durante del siglo XVIII del término «clásico», aplicado en especial a las lenguas griega y latina, en convivencia con el adjetivo «sabio»; en el apartado 3 revisaremos las maneras según las cuales los manuales españoles de literatura clásica latina se refieren tanto al propio concepto de literatura latina como a otros dos conceptos fun-

<sup>12</sup> Recuerdo en este momento las interesantes conversaciones mantenidas con mi amigo y colega David Castro acerca del tiempo que puede transcurrir hasta que el influjo europeo se deja ver en el mundo hispano. Si bien el asunto merece un estudio detenido, no obstante, y a tenor de lo observado con acuñaciones como «Renacimiento» o la misma de «Tradición Clásica», es interesante observar cómo las nuevas acuñaciones terminológicas y, sobre todo, los nuevos conceptos que éstas constituyen, se transmiten de una manera relativamente rápida gracias, sobre todo, a los manuales escolares. En este sentido, considero que el estudio del caso español da cuenta fidedigna de lo que ocurre (un poco antes) en naciones como Francia, Alemania o Italia.

<sup>13</sup> Nos ha sido de una ayuda inestimable el banco de datos CORDE [en línea]: *Corpus diacrónico del español*, <http://www.rae.es> [13 de noviembre de 2006].

<sup>14</sup> Para nuestro conocimiento de los manuales escolares ha sido imprescindible la labor del Proyecto Manes, con sede en la UNED (dirección electrónica: <http://www.uned.es/manesvirtual/portalmanes.html>, consultada el 24 de octubre de 2006), de donde destacaremos la aportación de José Luis Villalaín Benito (1999). A él debemos la publicación de un libro que ha sido imprescindible para nuestra investigación en manuales de literatura grecolatina. El estudio histórico de los manuales de una disciplina, hasta hace relativamente poco tiempo mal atendido, revela aspectos esenciales acerca de la articulación de tal materia y su contexto social y legal inmediato. Como ejemplo significativo cabe aducir el estudio y exposición que Margarita Hernández Laille ha realizado sobre la propagación de las ideas de Darwin en España durante el siglo XIX: «Antes de que *El Origen de las Especies* (1859) se tradujera al español ya los libros de texto recogían la teoría de la evolución de Charles Darwin, un científico que, tanto en el idioma de Shakespeare como en el de Cervantes, encontró partidarios y detractores. El primer libro de texto que incluía la revolucionaria teoría biológica salió de la imprenta granadina de Francisco Ventura y Sabatel en 1867: el manual se titulaba *Libro de Historia Natural* y su autor fue Rafael García Álvarez» (Morán 2006).

damentales: la idea de su renacimiento en calidad de tal literatura en el mundo moderno y el concepto de su tradición en las modernas literaturas; en el apartado 4 nos centraremos en la juntura puntual de «Tradición Clásica», con el fin de observar, sobre todo, la pertinencia de añadir este adjetivo al término primero, en especial para determinar a qué se opone «clásico»; en el apartado 5, finalmente, ofreceremos unas breves conclusiones.

## 2. «SABIAS» Y «CLÁSICAS»: NUEVA CONSIDERACIÓN DE LAS LENGUAS ANTIGUAS

El siglo XVIII supone, entre otras cosas, el comienzo del pensamiento historicista. El recurso a la historia como argumento tendrá consecuencias importantes para la propia consideración de las lenguas antiguas, en especial el latín, que deja de entenderse en términos de lengua de comunicación para pasar a considerarse como una lengua que abre el conocimiento de un tiempo pasado. Son los albores de la moderna filología. Para apreciar cabalmente cómo evoluciona la consideración de las lenguas antiguas, es oportuno que consideremos algunas denominaciones dadas al latín en los siglos XVIII y XIX: «lengua sabia» y «lengua clásica». Ambas intentan sustituir la peyorativa denominación de «lengua muerta», fruto de una disputa quinientista que, a partir del tópico de la vida y la muerte de las lenguas, trataba de caracterizar al latín frente a las emergentes lenguas modernas, llamadas también «vivas», «maternas», «vulgares» y, ya tiempo después, «vernáculos» (de *verna*, «esclavo»). «Lengua sabia», por tanto, resulta ser una acuñación ilustrada y sustitutiva de «lengua muerta», debido al carácter peyorativo de esta última<sup>15</sup>, que pugnará en el siglo siguiente con la denominación de «lengua clásica», afincada en el mito del clasicismo y lo clásico, hasta que ésta última termine triunfando. Es oportuno revisar una y otra con más detalle.

Muy propia de la cultura ilustrada es la denominación de «lenguas sabias». Conviene observar, asimismo, que la denominación «lenguas sabias» se diferencia de todas las demás («muertas» o «clásicas») por tener una interesante expresión alternativa para las lenguas modernas, de carácter diferente a las anteriores. Así pues, mientras la denominación de «lenguas muertas» se opone a la de «lenguas vivas» y la de «clásicas» a «modernas», la de «lenguas sabias», a tenor de lo que vamos a ver en dos ejemplos más adelante, encuentra su expresión alternativa en la formulación «lenguas europeas» o «propias». De esta forma, la denominación de «lenguas sabias» tendría que ver con una formulación no peyorativa frente a las nuevas lenguas de cultura, como el francés, el inglés o el alemán. En español, parece que la denominación de «lenguas sabias» es un galicismo léxico proveniente de la juntura «langues savantes». La primera ocurrencia que encontramos de ella en castellano, en oposición a las len-

<sup>15</sup> Debe consultarse el interesante y documentado trabajo de M<sup>a</sup> José Vega (1991, pp. 31-47) al respecto. Rodríguez Adrados expone de la siguiente manera su juicio sobre la expresión «lengua muerta»: «La verdad es que esta expresión a los helenistas y latinistas, a mí por lo menos, nos disgusta, nos resulta inadecuada». Remite el primer testimonio atestiguado a los *Comentarios a Garcilaso* (1580), de Fernando de Herrera, que presagia el ambiente de la «Querelle des anciens et modernes» (Rodríguez Adrados 2004, pp. 7-16).

guas «europeas» modernas (entiéndase, sobre todo, la lengua francesa), aparece en la famosa «novela rousseauniana» de Pedro Montengón titulada *Eusebio* (1786):

Acrescentaba mucho más a su concepto la fama que cundía de la cultura de su ingenio, de sus letras, de su erudición, del conocimiento de las *lenguas sabias y de las europeas* que poseía; sus muchas luces adquiridas en los viajes y que daban tan grande realce a su virtud y piedad, que le granjeaban la universal estimación. (Pedro Montengón, *Eusebio*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 805 *apud* CORDE)

Asimismo, Menéndez Pelayo opone «lengua sabia» a «lengua propia» en un comentario sobre el abate Marchena:

Así él, como su contemporáneo Sánchez Barbero, eran mucho más poetas usando la *lengua sabia* que la *lengua propia*. (Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles V*, Madrid, CSIC, 1946-1948, p. 448 *apud* CORDE)

Si bien la denominación de «lengua sabia» tiene un sabor claramente ilustrado, observamos que puede utilizarse de manera retrospectiva para referirse al latín humanista<sup>16</sup>. El uso es a todas luces anacrónico, ya que en el siglo XVI no se contaba con una expresión semejante para referirse, por antonomasia, a una lengua como el latín. Podemos verlo en este texto de Moratín referente al humanista Pérez de Oliva:

Su extensa erudición en las *lenguas sabias*, sus profundos conocimientos en las ciencias morales y exactas, su aplicación á las buenas letras, juntamente con las prendas estimables de su caracter, despues de haberle merecido el favor de los Pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII determinaron á Carlos V á elegirle por maestro del príncipe, su hijo, empleo que no llegó á servir, habiendo muerto en el año de 1533 antes de cumplir los cuarenta de su edad. (Leandro Fernández de Moratín, *Orígenes del teatro español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1830, pp. 165-166 *apud* CORDE)

Pasando al otro adjetivo, «clásico», éste presenta desde la Antigüedad un sentido estético gracias a una metáfora ya referida que traslada la excelencia del ámbito social («la primera clase de ciudadanos») al ámbito de la república literaria. Es el propio Aulo Gelio el que confiere a *classicus* una nueva acepción en el terreno de la creación literaria que azarosamente ha llegado hasta nosotros, la de los «clásicos»<sup>17</sup>. Es significativo que en el siglo XVI el valenciano Luis Vives recuerde la metáfora de Gelio en el

<sup>16</sup> Lo mismo ocurre con el término «humanismo», acuñado sobre el viejo vocablo *humanitas* a comienzos del siglo XIX por la Filología Clásica alemana para denominar la nueva orientación histórica de los estudios sobre la Antigüedad, pero luego aplicado retrospectivamente a los cultivadores de las letras clásicas en el llamado Renacimiento (cf. Rico 1993, p. 12).

<sup>17</sup> Recordemos el pasaje concreto (GEL., 19,8,15): «Marchad, pues, y cuando tengáis tiempo, buscad si *quadriga* o *harenae* se encuentran en algún poeta u orador no proletario, sino que ocupe puesto en las filas de la cohorte antigua» (trad. de Francisco Navarro y Calvo). Es interesante el comentario que hace Curtius al respecto (1989, p. 353), en especial su observación sobre «la impronta del azar en la historia de nuestra terminología literaria». Asimismo, no debe dejarse de lado la sutil puntualización que María Rosa Lida hace a Curtius cuando éste afirma que la aplicación de la categoría de clásico en Gelio dependía, ante todo, de la corrección lingüística: «Una cosa es recomendar un autor de primera clase para fijar la norma de corrección lingüística, y otra y muy distinta es erigir ésta en criterio de selección de autores» (Lida de Malkiel 1975, p. 331, n. 36).

XIII de sus *Diálogos*, el titulado «La escuela», cuando recurre a la denominación explícita de «clásicos» (*eos quos classicos vos grammatici appellatis*) para aquellos autores que se oponen a los considerados por los humanistas como «bajos» (*proletarii*) e «ínfimos» (*capite censi*)<sup>18</sup>. Es importante hacer notar que tal denominación de «clásicos» se terminará haciendo popular al conferirse a unos autores determinados, los escolares<sup>19</sup>, como categoría estética e independientemente de la época y lengua en que se inscriban. En cierto momento, el término «clásico» da un nuevo giro y adquiere una dimensión historicista, tanto para referirse a los mejores autores de una literatura, hecho que está muy en consonancia con la construcción de la categoría historiográfica de «Siglo de Oro», como para referirse, por antonomasia, a los autores grecolatinos. A fin de apreciar este salto conceptual pueden consultarse los primeros testimonios registrados en el CORDE para las siguientes junturas: «autores clásicos», «literatura clásica» y «lengua(s) clásica(s)». Debemos atender a dos hechos básicos: de un lado la primera aparición constatable de la juntura y, de otro, la primera aparición donde designa a la literatura griega o latina. Si atendemos a los datos del CORDE, es en 1729 (Feijóo) cuando encontramos la primera constatación de la juntura «autores clásicos» (en el sentido de «autores serios») frente a la de «autores ligeros»<sup>20</sup>:

Quando digo que en las Historias no se hallan tales espectáculos, entiendo las que merecen nombre de tales, escritas por *autores clásicos* sobre el fundamento sólido de buenas memorias, porque de algunos libros de curiosidades, escritos por *autores ligeros*, solo a fin de divertir a ociosos, quando se trata de examinar la verdad, no se debe hacer aprecio, siendo cierto que en tales escritos se introducen frecuentemente hablillas vulgares y rumores inciertos. (Benito Jerónimo Feijóo, *Teatro crítico y universal, o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores*, Madrid, Real Academia Española, 2003, p. 22 *apud* CORDE)

<sup>18</sup> «TIRÓN.- ¿Qué autores explican? ESPUDEO.- No todos los mismos, sino cada uno según sus conocimientos y su inteligencia. Los más eruditos y de juicio más agudo se reservan los mejores escritores y aquellos que vosotros los gramáticos llamáis “clásicos”. Otros por desconocimiento de los mejores descienden a los bajos e incluso a los ínfimos. Entremos, os enseñaré la biblioteca pública de este colegio. Esta es la biblioteca, que está orientada hacia donde sale el sol en verano, de acuerdo con lo que prescriben los hombres importantes. TIRÓN.- ¡Oh! Cuántos libros, cuántos autores buenos, griegos, latinos, oradores, poetas, historiadores, filósofos, teólogos y además esculturas de autores» (Vives 1994, pp. 64-65).

<sup>19</sup> Aguiar e Silva (1984, p. 298) explica la génesis y desarrollo del término «clásico», desde su generalización para hablar sobre los autores que se estudian «en clase» hasta su sentido peyorativo, ya en el siglo XIX, frente al término «romántico»: «A principios del siglo XIX, cuando la vida literaria europea experimenta una metamorfosis profunda, los vocablos «clásico» y «clasicismo» cobraron nuevos matices semánticos y adquirieron progresivamente un significado estético-literario nuevo. Goethe pretende haber sido el primero en lanzar la antinomia *clásico-romántico*, desarrollada posteriormente por los hermanos Schlegel, y Mme. de Staël, en un capítulo famoso de su obra *De l'Allemagne* (I, II, cap. XI), expone y fundamenta la distinción entre *poesía clásica* y *poesía romántica*. En la oposición *clásico-romántico*, que en la época romántica se transformó en lugar común, clásico no tiene ningún sentido laudatorio ni el significado de leído y estudiado en las escuelas, sino que más bien designa una estética determinada y determinado bando literario».

<sup>20</sup> Como dato significativo aduciremos que, un siglo antes, Saavedra Fajardo no utiliza jamás el término «clásico» en ninguna de las dos redacciones de su *República Literaria*. La expresión habitual que utiliza es la de «los romanos», o «los latinos», y «los griegos» (Saavedra Fajardo 2006, pp. 122, 131, 157, 223), o recurre a perífrasis como «aquellos poetas venerados de la antigüedad» (Saavedra Fajardo 2006, p. 184).

El cambio más significativo se va a producir en el siglo XVIII, cuando «autores clásicos» pase a tener, entre sus posibilidades de designación, la capacidad de referirse al grupo de los autores grecolatinos por excelencia<sup>21</sup>. Según los datos del CORDE, podemos encontrarlo en 1793 como expresión referida a los autores grecolatinos en particular y en convivencia con la juntura «lenguas sabias»:

No contaré entre éstos a Denis, Eckel, y otros muchos, que aunque versados en ella, se han dedicado a otros estudios; pero te nombraré con particularísima estima al Señor barón Locella, que es uno de los más eruditos de Alemania en lengua griega, en conocimiento de autores clásicos, y en esta parte de erudición gramatical y filología. Ha compuesto algunas obritas en otras lenguas sobre materias diferentes, y una de ellas en francés intitulada: *Essai sur la necessite de conferer les emplois selon les talens* ha tenido el honor de haber sido robada enteramente, y traducida literalmente en italiano por uno que la publicó como suya dando ocasión para aumentar con un plagio tan descarado el catálogo de los autores plagiarios. Pero estas obritas, no son más que pasatiempos para aquel erudito; su estudio verdadero y serio lo hace sobre *los autores clásicos, singularmente griegos*. (Juan Andrés, *Cartas a su hermano don Carlos Andrés*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, Universidad de Alicante, 2002, pp. 65-66 *apud* CORDE)

(...) ninguna es capaz, como ella, de llevarle \* a tanto grado de perfección y entre todas sus cortes, Roma, que reúne en sí más proporciones para los adelantamientos en esta carrera, cuenta un número asombroso de literatos, autores de obras estimables sobre la indagación y explicación de antiguos monumentos y hoy día florece esta erudición en alto grado por medio de nuevos descubrimientos, que mantienen vivo el ardor de los sabios vivientes, que a cada paso aumentan, con obras instructivas, los progresos de una ciencia, a cuya luz se disipa [+++] la obscura noche de los siglos. \* A la antiquaria acompañan necesariamente el conocimiento \* de la historia general, / las lenguas sabias y las bellas letras, donde aquélla se cultiva, florecen éstas; el estudio de la latinidad, de la lengua griega, de la hebrea y otras orientales, las repetidas traducciones de *los autores clásicos, griegos y latinos*, hazen mucho honor a la cultura romana; y aquella ciudad abunda en sugetos mui doctos en tales materias, que han publicado obras estimables, y se han adquirido en el concepto público una justa celebridad. (Leandro Fernández de Moratín, *Viaje a Italia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 588-589 *apud* CORDE)

Debe observarse el cambio sutil que supone esta agrupación. La juntura «autores clásicos, griegos y latinos», pasa a considerar como «clásicos» al conjunto de los autores griegos y latinos, ya no sólo a los mejores de entre ellos<sup>22</sup>, y este hecho pone la juntura muy cerca de la más genérica de «lenguas y literaturas clásicas», con un ca-

<sup>21</sup> Curtius (1979, p. 354) hace un interesante comentario al respecto: «El que hacia 1800 la Antigüedad greorromana se haya declarado “clásica” en bloque fue medida afortunada, pero no por ello menos discutible. La doble dignificación histórica y estéticamente imparcial de la Antigüedad se vió estorbada durante un siglo».

<sup>22</sup> En lo que se refiere al término «clasicismo», Aguiar e Silva (1984, p. 299) da cuenta de su uso para denominar, «sin ninguna discriminación, a todos los autores y obras de las literaturas griega y latina» y critica la falta de rigor del concepto, dada la variedad que presentan las literaturas aludidas.

rácter no sólo estético (el «clasicismo»), sino también histórico. De esta forma, como referencia específica al período histórico correspondiente a la Antigüedad Grecolatina, pasan dos literaturas, la griega y la latina, a llamarse clásicas por excelencia. Este paso es, en toda su sutileza e importancia (ya no se trata de que entre los autores considerados clásicos destaquen los grecolatinos, sino que la condición de ser grecolatinos, como tal grupo, les convierte en clásicos) el que marcará el cambio conceptual que define los siglos XVIII y XIX. «Literatura clásica», con la acepción concreta de «literatura grecolatina», aparece constatado en el CORDE en un texto de 1830, conviviendo con «autores clásicos»:

Hemos procurado responder a todo, y ser claros; falta sólo contestar a las chuletas y a las injurias; pero ésta es una especie de certamen en que le cedemos la palma sin dificultad, así como se la cedemos en otras cosas, que redundan más que éstas en honor suyo. El señor Mora es un buen abogado, según nos han dicho: un buen poeta, un escritor agradable, y aun elocuente, cuando no se mete en honduras; un excelente juez de las producciones literarias, un hombre de instrucción y talento. ¿Qué más quiere? ¿No basta esto para contentar su ambición literaria? ¿A qué erigirse en modelo de pureza, y meter la luz en *la literatura clásica*, adquisiciones secundarias que no hacen ninguna falta a su reputación? Hombre que en materia de antigüedades históricas se aferra en el sensato Rollin y en el Diccionario de Bouillet, no es gran cosa.

En *El Mercurio de Valparaíso* n. 103 hay una crítica severa y a nuestro parecer injusta del lenguaje del literato español Marchena. No hemos leído un solo renglón de este autor, pero sabemos que tiene el concepto, no sólo de escrupuloso en materia de galicismos, sino de purista extremado, que, como Capmany, por imitar el lenguaje y estilo de *los autores clásicos*, cae algunas veces en afectación y mal gusto. (Andrés Bello, *La oración inaugural del curso de oratoria del Liceo de Chile de José Joaquín de Mora*, Ayacucho [Caracas], Pedro Grases, 1985, pp. 326-327 *apud* CORDE)

El texto pertenece al venezolano Andrés Bello, que no en vano es autor de una interesante *Historia de las literaturas de Grecia y Roma* (Bello *s.d.*). Entendemos, asimismo, que la presión de las junturas «autores clásicos» y «literatura clásica» llevó al paulatino arrinconamiento de la juntura «lenguas sabias», dado que las lenguas griega y latina terminaron, por analogía, denominándose también «lenguas clásicas». El primer testimonio constatado en CORDE es de 1845 (además, se trata también de un testimonio referido al griego y el latín):

En los tiempos antiguos, en los publicistas de Grecia y de Roma, no se halla tratada como la han tratado nuestros padres, como nosotros la tratamos actualmente. Diré más aún: esa misma palabra Soberanía, fundamento y causa de la dificultad, es una palabra moderna, sin equivalente exacto, completamente exacto en *las lenguas clásicas*. «Superanus» es una expresión de la baja latinidad, un adjetivo, una calificación inventados en la Edad Media. Ciertamente es, sin duda, y no podía menos de ser de ese modo, que sus raíces vienen del latín *super, supernus, super omnia*; son palabras usuales de aquella lengua, tomadas recta y convenientemente para expresar una idea análoga a su significación general. (Joaquín Francisco Pacheco, *Lecciones de Derecho Político*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984, pp. 40-41 *apud* CORDE)

La evolución de las expresiones para las categorías de lenguas y literaturas clásicas podría presentarse como sigue:

	LENGUA	AUTORES	LITERATURA
«sabio»	«lenguas sabias» 1786		
«clásico»	«lenguas clásicas» 1845	«autores clásicos, griegos y latinos» 1793	«literatura clásica» 1830

La aplicación de los adjetivos «sabio» y, en especial, «clásico» a las lenguas y literaturas de la Antigüedad grecorromana confiere a éstas un marcado carácter histórico como lenguas del pasado y, además, como conjunto diferenciado de los autores propios de las modernas<sup>23</sup>. Por lo demás, esta conciencia de la historia y del cambio en el siglo XVIII inspira una forma de entender la literatura que José Antonio Maravall (Maravall 1972) ha definido como cultura burguesa, y que presupone, sobre todo, la idea del distanciamiento histórico como una clave para su correcta lectura y la no necesaria adscripción ideológica de la obra con respecto a su lector moderno. De la misma manera que se puede leer o estudiar a los autores de la mística sin necesidad de participar de este intenso sentimiento religioso, sino como objeto histórico, se puede hacer algo parecido con los autores de la Antigüedad. El descubrimiento de la historicidad supone, en todo caso, la antesala de los estudios filológicos modernos. El latín comienza a considerarse como una lengua destinada a comprender a los autores de la Antigüedad, y no para ser vehículo moderno de comunicación<sup>24</sup>. Este aspecto tan novedoso, que dará inicio al moderno estudio filológico de la Antigüedad, puede encontrarse en documentos de muy diverso tipo. Las lenguas sabias comienzan a concebirse como ligadas al mundo y la cultura de la Antigüedad Clásica, como podemos observar en el siguiente pasaje que tomamos de un discurso de Manuel José Quintana:

... la civilización antigua con la ilustración moderna, como monumentos que comprueban, aun en medio de aquellos tiempos feroces, el homenaje que el valor y el poderío tributaban al saber y á la razón; en fin, como la gradería que, aunque informe, ha servido de punto de apoyo al ingenio para desplegar sus alas y alzar el vuelo tan alto en las regiones de la sabiduría y de los descubrimientos. Y contrayéndome particularmente á las universidades de España, diría que, floreciendo á la par que las demás de Europa en el siglo xvi, quizá las aventajaron en erudición, en gusto y en doctrina. De Salamanca, de Alcalá, de Valladolid y de Valencia salieron formados, como de excelentes talleres, los sabios que constituyen nuestra celebridad literaria en aquella edad tan ponderada. No solo se señalaban en teología y jurisprudencia, en que eran eminentemente doctos,

<sup>23</sup> No debe tampoco obviarse la paulatina divulgación de la etiqueta «Filología Clásica» («Classische Philologie») era una etiqueta bien difundida en Alemania ya a mitad del siglo XIX), que en España aparece atestiguada por primera vez, según los datos del CORDE, en Menéndez Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*, 1880-1881).

<sup>24</sup> Para un análisis en este sentido cf. Álvaro Sánchez - García Jurado (2000-2001).

sino que acompañaron la gravedad de estos conocimientos con los estudios auxiliares de las *lenguas sabias*, de la erudición antigua, de la filosofía y de las matemáticas. Y cuando se esparcieron por el mundo en los concilios, en las escuelas, en los concursos y en los libros, se hicieron estimar y respetar, y honraron el talento español por todos los ámbitos de Europa. Mentar los nombres célebres de Nebrija y de Brocense, de Luis de Leon y de Salinas, de Arias Montano y de Antonio Agustín, de Francisco Valles, de Ponce y de otros ciento, no es porque haya necesidad de recordarlo al concurso que me escucha, sino para tributar con mis palabras á aquellos hombres eminentes el feudo de respeto y gratitud que les es debido por su saber y por sus virtudes. (Manuel José Quintana, *Discurso pronunciado en la Universidad Central el día de su instalación*, Madrid, Rivadeneyra, 1852, párrafo 5º *apud* CORDE)

El latín, particularmente, deja de entenderse como una lengua de comunicación para pasar a ser una llave que permita entender un mundo pasado. Si en el siglo XVI, concretamente en su segunda mitad, el latín pierde su papel predominante frente a las lenguas vernáculas, conserva todavía en buena medida intacto su prestigio como lengua de la filosofía y de la ciencia. Desde el XVIII, y a partir del XIX, ese papel lo van a desempeñar las lenguas modernas, en particular el francés<sup>25</sup>.

En definitiva, quedan las lenguas de la Antigüedad denominadas con los nombres de «sabias» o «clásicas», concebidas como objeto para el estudio histórico. Al mismo tiempo, la literatura, o la incipiente historia literaria, comienza a particularizarse en diferentes literaturas, y este fenómeno lleva a la caracterización de las literaturas de Grecia y Roma con el adjetivo de «clásicas» por antonomasia. Como hemos observado, el paso de la denominación de «autores clásicos» para hablar del conjunto de los griegos y latinos a la más genérica de «literatura clásica» tendrá como consecuencia un importante salto conceptual que en buena medida caracterizará la visión de la literatura durante el siglo XIX.

<sup>25</sup> Esto da lugar a la diferenciación de la enseñanza de las «lenguas clásicas» con respecto a la de las «lenguas vivas», como vemos, por ejemplo, en el siguiente documento de la época:

R. D. organizando la enseñanza de idiomas extranjeros en los establecimientos de Instrucción pública.

SEÑORA: La importancia del estudio de las lenguas vivas acrece diariamente como consecuencia necesaria de la facilidad y rapidez en las comunicaciones y de la vertiginosa actividad científica, artística y comercial, que tiende a convertir en una sola familia el género humano, y a suplir la conveniencia teórica de una lengua universal con el conocimiento práctico de las que gozan el privilegio de ser habladas por pueblos que figuran a la cabeza de la civilización.

De aquí proviene la grandísima diferencia que se va estableciendo entre la enseñanza de las *lenguas clásicas* y de las lenguas vivas. Cúrsanse las primeras en facultades o estudios superiores en que se da gran importancia a la filología; únese su conocimiento al de la historia y literatura de los pueblos antiguos, y domina en su enseñanza el carácter filosófico, que pueden apreciar jóvenes cuya inteligencia ha sido preparada para un orden elevado de ideas. Estúdiense, por el contrario, las lenguas vivas casi siempre por alumnos de corta edad; y forman parte de la enseñanza elemental, considerada ya como base de más amplios conocimientos, ya como estudio de útil e inmediata aplicación.

Por esta razón, y porque la enseñanza de las lenguas tiene cierto carácter individual, de que no es posible prescindir, en los países en que se da en establecimientos oficiales, se ha procurado sujetarla a prescripciones que favorecen los sistemas y métodos exclusivamente prácticos. (Anónimo, *Colección legislativa de primera enseñanza*, Alicante, Biblioteca Virtual Cervantes - Universidad de Alicante, 2003, *apud* CORDE).

### 3. «HISTORIA DE LAS LITERATURAS CLÁSICAS», PARTICULARMENTE LA LATINA. SU RENACIMIENTO Y TRADICIÓN

Serán los autores latinos, englobados ahora en una «historia de la literatura latina», los primeros en convertirse en objeto del nuevo planteamiento historiográfico. Ello es así gracias a la publicación de un programa o compendio de lecciones para las clases («ein Leitfaden für akademische Vorlesungen»), la *Geschichte der Römischen Litteratur*, de Friedrich August Wolf (Wolf 1787). El título da muchas claves acerca del planteamiento de la nueva obra. Si bien ahora no nos sorprende, la unión de estos tres conceptos («historia», «literatura» y «romana») abre las puertas a una disciplina nueva que estudia el desarrollo del conjunto de obras literarias como expresión del pueblo romano, aunque sin olvidar la poderosa influencia griega<sup>26</sup>.

Dado que el planteamiento de la literatura ahora se va a llevar a cabo desde criterios históricos y lingüísticos, es decir, desde la acotación de un conjunto de autores y obras dentro de una literatura nacional, surgen nuevos ámbitos de estudio: de una parte, el del propio resurgir de la lengua y la literatura latina en los albores del mundo moderno y, de otra, los aspectos relativos a la historia ulterior de la literatura clásica latina a través de las literaturas modernas. Así pues, las maneras de referirse a la literatura latina (a), su renacimiento (b) y su pervivencia en las literaturas modernas (c) son tres aspectos que están estrechamente interrelacionados.

Para valorar la construcción de estos conceptos, recurriremos a un tipo de documento poco explorado hasta ahora, el manual de historia de la literatura. Este tipo de documento, como ya hemos referido, resulta ser un reflejo bastante fiel de las modernas ideas historiográficas que, de manera inversa, legitiman su difusión en los ámbitos académicos gracias al uso de estos mismos libros<sup>27</sup>. Es necesario partir de la lista de los primeros manuales publicados en España sobre historia de la literatura latina<sup>28</sup>:

- Terradillos (1846 y 1848) (Universidad Central)
- Díaz (1848 y otras posteriores) (Universidad de Barcelona)
- Pérez Martín (1851 y otras posteriores); segunda edición corregida por Ortega y Rubio (1882) (Universidad de Valladolid)
- Villar y García (1866 y otras posteriores) (Universidad de Zaragoza)
- Costanzo (1868) (manual no oficial)
- Canalejas y Méndez (1874-1876) (Universidad Central)
- Álvarez Amandi (1880) (Universidad de Oviedo)
- González Garbín (1880) (Universidad de Granada)
- Barbado y Patiño (1888) (Universidad de Sevilla)

<sup>26</sup> Esto motivará el cultivo ulterior de la historiografía de la literatura griega, que conllevaría, asimismo, nuevos planteamientos acerca de los influjos de ésta sobre la latina (García Jurado 2004b, p. 121).

<sup>27</sup> Véase Hualde Pascual - García Jurado 2005.

<sup>28</sup> Para nuestro estudio hemos revisado las siguientes ediciones concretas: Terradillos (1846 y 1848), Díaz (1874), Pérez Martín - Ortega y Rubio (1882), Villar y García (1875), Costanzo (1868), Canalejas y Méndez (1874-1876), Álvarez Amandi (1880), González Garbín (1880) y Barbado y Patiño (1888). Deseo agradecer a mi colega y amigo el profesor Félix Piñero la generosidad que tuvo al regalarme el volumen de Barbado y Patiño, que no habíamos podido localizar más que en la biblioteca de Filología de la Universidad de Sevilla.

Estos son, sucintamente, los resultados de la pesquisa:

a) Maneras de referirse a la «literatura latina»

Como hemos indicado al final del epígrafe anterior, supone un cambio sutil, pero notable, que a partir de cierto momento la juntura «autores clásicos, griegos y latinos», entendida desde un punto de vista histórico, sirva para referirse a éstos como conjunto y no sólo a los mejores de entre ellos. Tal circunstancia facilitó la formulación de nuevas junturas como «literatura clásica, griega y latina»<sup>29</sup>. Este hecho, en apariencia insustancial, pondrá en primer plano el criterio del conjunto, por encima del de la individualidad de los autores. Además, en calidad de literatura nacional, pasa a concebirse como la expresión genuina de un pueblo, es decir, «la expresión artística del espíritu del pueblo romano gentil por medio del idioma latino» (Barbado y Patiño 1888, p. 29). Los tiempos son otros, y lo que cuenta ahora no es tanto la presencia individual de un autor como la idea conjunta de un pueblo, y el hecho de que éste habla una lengua que representa, a su vez, su espíritu colectivo. La formulación moderna tiene su principal referente en el programa de curso ya citado de F.A. Wolf<sup>30</sup>.

Una vez llegados, pues, al concepto de literaturas particulares y cerradas, las junturas que encontramos son diversas y complejas. Al margen del término «sabia» –«lenguas y literaturas sabias» (González Garbín 1880, p. V)–, que sigue utilizándose como vestigio del siglo XVIII, el adjetivo «clásica» es el que se combina con el gentilicio «latina» o con alguna expresión similar. De esta forma, tenemos «literatura clásica latina» junto a formas análogas como «autores clásicos del Lacio» (Terradillos 1846, pp. VIII y X). González Garbín utiliza en otro lugar la expresión «lengua y literatura clásica latina» (González Garbín 1880, p. VI), y hasta es posible encontrar el adjetivo situado por delante del sustantivo y utilizado, genéricamente, para referirse a las literaturas griega y latina: «clásicas literaturas» (González Garbín 1880, p. V). El autor más consciente de todo este proceso conceptual donde «una literatura», no ya «un autor», se convierte en modelo es Álvarez Amandi, de quien merece la pena reproducir el texto siguiente:

Y porque los pueblos que tuvieron civilización más adelantada cultivaron los géneros literarios fundamentales hasta elevarlos á la mayor perfección, de aquí el que haya literaturas que sirven de precedente, de modelo y tipo en cada uno de aquellos géneros. Estas literaturas reciben el nombre de *Clásicas*, y sus más distinguidos escritores son llamados *Autores clásicos*, esto es, moldes y ejemplares perfectos en cada suerte de pro-

<sup>29</sup> Es significativo, a este respecto, que Juan Andrés, el autor del imprescindible *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, no hable de «Literaturas clásicas» (aunque sí utiliza, como ya antes reseñamos, «autores clásicos»), sino de «Literatura griega» (o «de los griegos») y de «Literatura romana», que engloba dentro del grupo de la «Literatura Antigua» (Andrés 1997, p. 68), frente a la «eclesiástica» (Andrés 1997, p. 82) y a las que opone la «Literatura moderna» (Andrés 1997, p. 37). En su interesante trabajo acerca del uso de la literatura grecolatina en la obra de Juan Andrés, Caerols (1996) recurre lógicamente a la juntura «Literaturas clásicas», aunque propia ya del siglo XIX.

<sup>30</sup> La llamada «cuestión homérica», para la que tan importantes fueron los *Prolegomena ad Homerum* del mismo Wolf, ha de entenderse desde este planteamiento (cf. Martínez García 2005 para la repercusión de la cuestión en España).

ducciones literarias, ya en prosa, ya en verso. Las literaturas clásicas en la antigüedad fueron la griega y la latina: sus poetas, oradores, é historiadores, han legado á los pueblos que les sucedieron excelentes modelos en sus obras inmortales.

Con estos antecedentes podemos ya definir la Literatura Latina, objeto especial de nuestro estudio, diciendo que es: el arte de examinar y juzgar la belleza, realizada en las obras escritas en la antigua lengua del Lacio. Al conjunto de todas estas obras se le da también el nombre de Literatura Latina. (Álvarez Amandi 1880, p. 4)

Otras veces, el uso del adjetivo permite observar el carácter estético que presenta también «clásico», junto con su carácter histórico: «clásica perfección de sus modelos» (Villar y García 1866, p. 61). Asimismo, es importante señalar que con el adjetivo «clásico» se puede precisar el período de la literatura latina que tiene que ver con el mundo antiguo anterior al cristianismo:

(...) la diferencia esencial entre la literatura clásica latina y la cristiana (Villar y García 1866, «Prólogo»)

Hasta aquí, podemos anotar las siguientes acepciones y restricciones de «clásico»:

- criterio estético: vinculado con el «clasicismo», término de gran extensión en el siglo XIX
- uso histórico: referido a la Antigüedad Clásica
- delimitación moral y temporal de lo «clásico» frente a lo «cristiano»

Es importante hacer notar el uso de otro adjetivo, «antiguo», que puede combinarse perfectamente con «clásico» en la juntura «literatura clásica antigua»<sup>31</sup>:

Hase no obstante considerado por algunos el estudio de la *literatura clásica antigua* como enteramente innecesario, y por otros<sup>32</sup> como notoriamente pernicioso ... (González Garbín 1880, p. V)

Como también veremos, cada adjetivo cumple su función específica, pues mientras «antigua» se refiere genéricamente a la Antigüedad, frente a las edades Media y Moderna, «clásica» es un término estético, al tiempo que histórico, pues, además de modelo de perfección, especifica la Antigüedad correspondiente al período grecorromano. Tampoco debemos pasar por alto la productiva oposición entre «literaturas antiguas y modernas» (Villar y García 1866, «Prólogo»). La polaridad entre lo antiguo y lo moderno es una constante de la crítica literaria (Curtius 1979, pp. 354-360), si bien

<sup>31</sup> Esta es una juntura muy importante que luego encontraremos cuando hablemos de Comparetti a la hora de formar el término «Tradición Clásica», pues, como veremos, su acuñación precisa será mediante la combinación de ambos adjetivos: «antigua tradición clásica».

<sup>32</sup> Aquí se añade una interesante nota: «Conocida es, entre otras, la obra del abate Gaume intitulada: *El gusano roedor de las Sociedades Modernas ó el paganismo en la educación*, París, 1851». En este libro, que tuvo una gran repercusión entre los sectores más conservadores de la sociedad, se atacaba a los clásicos paganos como causantes de todos los males de la sociedad moderna, tales como el «socialismo» y el «divorcio» (cf. García Jurado 2004c).

remonta, de forma inmediata, a la llamada «Querelle» o «Batalla entre los antiguos y modernos», desde el siglo XVII. No obstante, cabe observar que en la formulación citada no se habla ya de «autores», sino de «literaturas». En este sentido, ya había reformulado F. Schlegel la vieja oposición a partir de la nueva categoría de literaturas nacionales. Así lo vemos ya desde el mismo título de una de sus más influyentes obras, su *Historia de la literatura antigua y moderna*, publicada en España en 1843:

Me he propuesto presentar en esta obra un cuadro rápido y general de la literatura, de su espíritu y de su desarrollo en las naciones más célebres de la antigüedad y de los tiempos modernos. Principiaré por examinar la influencia que ejerce sobre la vida práctica, sobre el destino de las naciones y sobre la marcha de los tiempos [...] puedo desde ahora hacer observar que durante el siglo XVIII, se había efectuado en los demás países lo que en Alemania, una revolución literaria semejante, que tendía a convertir la literatura en puramente nacional. (Schlegel 1843, pp. 9 y 13)

Schlegel, entre otras cosas, pondera la unión entre los sabios, demasiado centrados hasta su época en las manifestaciones eruditas de la cultura y del espíritu nacional, al tiempo que critica la literatura escrita en latín durante la Edad Moderna. Asimismo, el ambiente cultural del romanticismo está generando la productiva (y peligrosa) equiparación de una lengua, una literatura y una nación. La presentación de las literaturas en calidad de expresión genuina de los pueblos que representan, y en estrecha unión con las lenguas en que se expresan, permite, a su vez, clasificaciones tipológicas de las literaturas que hoy día nos resultan cuanto menos curiosas (González Garbín 1880, p. 3, y Barbado y Patiño 1888, pp. 20-21):

- Literatura oriental o simbólica
- Literatura clásica o naturalista
- Literatura cristiana o espiritualista (también «romántica o cristiana»)

Obsérvese cómo la «literatura clásica», es decir, la grecolatina pagana, se encuentra en una posición intermedia entre la «oriental» y la «cristiana», luego «romántica». El pensamiento historiográfico del siglo XIX era un terreno especialmente abonado para clasificaciones semejantes<sup>33</sup>. En definitiva, los manuales de literatura latina nos ofrecen dos junturas fundamentales para que luego podamos abordar el asunto de la acuñación del concepto de «Tradición Clásica»:

---

<sup>33</sup> El siguiente texto, inspirado en las ideas sobre el determinismo geográfico de Hipólito Taine, nos ilustra a modo de ejemplo cuando define de la siguiente manera la literatura oriental: «Si inauguramos este examen comparativo con una simple ojeada sobre las producciones del Oriente, en general, notamos inmediatamente que los pueblos de esta parte del mundo han manifestado por la poesía una inclinación más espontánea que las naciones occidentales. A más de las facilidades que les ofrecían algunos de los idiomas del Asia por su armonía, su abundancia, la multiplicidad de los sinónimos, fueron á ello llevados instintivamente por todas las excitaciones de la espléndida naturaleza, en que daban rienda suelta á sus ensueños y pasiones. En estos países de luz, basta que las descripciones sean fieles para que parezcan de una extrema riqueza. Pero bajo la acción de una temperatura casi en todas partes abrumadora, la imaginación está pronta á enervarse; pierde las cualidades de vigor, de firme enlace y de encadenamiento riguroso en las ideas, que constituyen el honor de las grandes literaturas europeas» (Loliée 1905, p. 374).

«Literatura latina clásica» frente a «Literatura cristiana»  
 «Literatura clásica antigua» frente a «Literatura moderna»

b) La idea de «renacimiento de las letras»

El uso de «Renacimiento» como categoría historiográfica es ya conocido hacia 1848, y luego ya definitivamente difundido por los historiadores Michelet y Burckhardt. Se trata de un término que se utiliza o «inventa» para caracterizar mejor el nacimiento del mundo moderno, frente a la etapa intermedia de la Edad Media, que separa los tiempos antiguos de los modernos<sup>34</sup>. Se acuñó gracias al uso con mayúscula y por antonomasia a partir de expresiones más analíticas como «renacimiento de las letras». El término no es ajeno a implicaciones políticas que sitúan en la época de la Reforma el paradigma de la modernidad. Está, en principio, muy ligado al que ya hemos comentado de «literatura latina», pues supone la metáfora de que la Antigüedad Clásica, particularmente su literatura latina clásica, renace o reaparece en toda su pureza con el espíritu que tal renacer conlleva. Se trata, pues, de un término historiográfico, que en España, curiosamente, podemos ver empleado ya muy tempranamente en uno de los manuales de literatura latina (aunque sin mayúscula):

Es la literatura latina, en conclusión, una página si no tan brillante como la griega, sí mas severa y mas fecunda, porque produjo hasta en sus mismas ruinas. Esta dominó en la edad media: á ella debe preciosas inspiraciones la literatura del renacimiento: sus obras son hasta hoy día el código clásico de la legislatura y del buen gusto... (Terradillos 1848, p. 5)

Puede observarse cómo el término «renacimiento» se usa ya como categoría historiográfica al mismo nivel que el de «edad media». Lo normal, no obstante, es el recurso a la perífrasis «renacimiento de las letras», que puede remontarse hasta los siglos XI y XII:

Fue Gerberto como el precursor del movimiento intelectual que se inicia en el siglo XI, y crece prodigiosamente con los siguientes. Uniendo su enciclopedia con la de Carlo-Magno y Alcuino, y la de este con la del venerable Beda, se vé demostrado que, como en la anterior lección se indicaba, los resplandores de la ciencia nunca se extinguieron en el Occidente cristiano.

El renacimiento de cultura que inicia Gerberto tiene por base el estudio é imitación de los buenos modelos clásicos... (Álvarez Amandi 1880, p. 187)

Sin embargo, otros autores, más partidarios de la escolástica, retrasan este renacer hasta el siglo XIII:

<sup>34</sup> Cf. Massai (1965) para el carácter equívoco de esta categoría historiográfica. Koselleck (1993, pp. 293-294) estudia cómo la noción de Renacimiento requirió de más tiempo que la de Edad Media para su consolidación como tal categoría temporal: «El “Renacimiento” fue implantado por la Ilustración, principalmente como el concepto histórico-literario y artístico de una época, antes de que se pusiera de moda en el siglo XIX –gracias a Michelet y Burckhardt– como concepto general para un período».

(...) el renacimiento de las letras empezado en el siglo XIII (Díaz 1874, p. 4)<sup>35</sup>

El uso de «renacimiento» estará orientado a subrayar la relación de las manifestaciones literarias y científicas del mundo antiguo con las del moderno, como vemos en el pasaje siguiente:

Pero no sólo contribuyó al perfeccionamiento de las lenguas vulgares, sino que además la ciencia antigua presidió la cultura moderna y fijó el carácter de las nuevas nacionalidades desde que el Renacimiento de las letras las hizo conocer. (Villar y García 1866, «Prólogo»)<sup>36</sup>

También son interesantes otras expresiones análogas que dan cuenta de esta idea de recuperación de la historia de la literatura latina, como «segunda historia del lenguaje romano» (Terradillos 1848, p. 303, y Pérez Martín - Ortega Rubio 1882, p. 307), «restauración de las letras», que aparece en el manual de Pérez Martín - Ortega Rubio (1882, pp. 11 y 323), o «restauración del buen gusto literario» (Álvarez Amandi 1880, p. 194). No obstante, en el libro de Pérez Martín, fruto de una reelaboración, hay un interesante error: mientras que en el índice final se habla de un «Resúmen general de la literatura latina y su restauración en España», en el lugar correspondiente donde aparece este epígrafe no figura el término «restauración», sino el de «renacimiento» (Pérez Martín - Ortega Rubio 1882, p. 305). Por lo que hemos observado en otro lugar<sup>37</sup>, será a partir de los años 50 del siglo XIX cuando el término «Renacimiento» se entienda ya por antonomasia como hoy lo entendemos. Así es posible verlo ya en uno de los manuales más tardíos: «época del Renacimiento» (Barbado y Patiño 1888, p. 34). El término, pues, muy ligado al concepto del renacimiento de la lengua latina, condiciona que se busque una expresión complementaria, referida a la continuidad de los temas literarios clásicos en las propias lenguas modernas, que se extienda más allá en el tiempo (y también antes) de lo que es la época del Renacimiento como tal, según vamos a ver a continuación.

### c) Maneras de referirse a lo que entendemos como «Tradición Clásica»

Además del renacimiento de la literatura latina como tal, tenemos que considerar de qué manera siguió también viviendo en las literaturas modernas y cuál es, además, el modelo de relación resultante entre aquella literatura y éstas. Hay un verdadero acervo de expresiones para referirse a esta relación, tanto las que terminan acunándose para la posteridad como las más esporádicas, entre otras, «destello» y «fuente».

<sup>35</sup> Es significativo que este autor, el presbítero Jacinto Díaz, entienda, frente a lo que luego será una interpretación historiográfica más extendida (Haskins, citado en Curtius 1979, p. 30), que también el siglo XII supone el período final de las llamadas «tinieblas de los siglos medios» (Díaz 1873, p. 213). El renacimiento de las letras, en su opinión, arrancarían un siglo más tarde, con los escolásticos (San Buenaventura y Santo Tomás).

<sup>36</sup> Disiente de esta idea totalmente Federico Schlegel, que ve en el resurgimiento del latín clásico tras la Edad Media una traba para el desarrollo de las lenguas vulgares (Schlegel 1943, II, p. 28).

<sup>37</sup> Véase García Jurado (en prensa).

Terradillos dice al respecto que «destello es de su literatura el siglo de oro de la nuestra: y fuentes inagotables fueron para el gusto literario de la culta Europa las inmortales producciones de los escritores del Lacio» (Terradillos 1848, p. 2)<sup>38</sup>. Otra expresión posible es la de «modelos clásicos» (Terradillos 1848, p. 3), para la que remitimos a lo que hemos dicho antes acerca del doble sentido, histórico y estético, de este adjetivo, además de la nueva restricción que surge al oponerse a «romántico». El término «influencia» (Pérez Martín - Ortega Rubio 1882, pp. 2 y 7-8; Barbado y Patiño 1888, p. 32; Canalejas y Méndez 1874-1876, II, pp. XV-XVI) será de los más utilizados, en la idea precisa de que la «la literatura de nuestro siglo de oro, es decir, de los escritores españoles de los siglos XVI y XVII, está cimentada sobre la de Roma» (Pérez Martín - Ortega Rubio 1882, p. 3). A «influencia» se unirán otras expresiones como «gloriosas tradiciones literarias» (Canalejas y Méndez 1874-1876, II, pp. XV-XVI), ya muy cercana a «Tradición Clásica» (pero sin el adjetivo), «herederos de la grandeza romana» (Costanzo 1868, p. VII), «fuente» (Villar y García 1866, p. 61), o «rastros»:

...y dígase lo que se quiera, hecha salvedad de no conducir la especie á exageraciones imperdonables, el teatro Plautino y Terenciano y la didáctica y la elocuencia Ciceronianas, dejan rastro y marca en la Historia de nuestra Literatura. (Canalejas y Méndez 1874-1876, I, pp. III-IV)

Todas estas acuñaciones giran en torno a la consideración del complejo asunto de la influencia de la literatura clásica latina en las modernas, es decir, de la presencia de una literatura en otras. Son significativos los juicios de González Garbín y Canalejas al respecto:

Aun después de haber nacido las lenguas modernas, por la mezcla de los pueblos, la dominación de esta lengua preciosa subsistió sin rival; habiendo influido la lengua y la literatura clásica latina, después de la gloriosa época del Renacimiento, en las formas que ha revestido la moderna civilización y en el carácter que han ostentado las modernas literaturas. (González Garbín 1880, p. VI)

No está claramente precisada, con haberse escrito tanto y tan bueno sobre el particular, la influencia que la literatura Romana ejerce en el desenvolvimiento del género pátrio, porque la empeñada lucha entre clásicos y románticos, proseguida sin descanso hasta nuestros días, ha impreso carácter apasionado á los juicios y apreciaciones de los críticos. (Canalejas y Méndez 1874-1876, II, p. XVI)

El primer texto liga palabras como «clásico», «renacimiento» y «moderno» en lo que podemos calificar como una narración progresiva de la historia, que encuentra en el renacer de lo clásico los fundamentos del mundo moderno. Por su parte, el se-

---

<sup>38</sup> Nótese el uso de la expresión «Siglo de oro», que resulta de una moderna acuñación historiográfica (desde Mayáns a Martínez de la Rosa) (Blecua 2004 y García Jurado 2005b, pp. 48-51).

gundo texto se hace eco de la disputa entre dos posturas estéticas: «clásicos» y «románticos». «Romántico» es un adjetivo emparejado a «cristiano», de manera que viene a añadirse a la oposición ya comentada entre «clásico» y «cristiano».

En otro orden de cosas, es destacable que no hayamos encontrado rastro alguno de otras dos palabras posibles: «pervivencia» («Nachleben») e «imitación». La primera, por lo que parece, se acuña ya en el siglo XX, y la segunda, tan propia de la retórica y la poética, no parece estar bien vista en un siglo como el XIX<sup>39</sup>, tan marcado por el estudio del genio nacional en cada literatura moderna.

En definitiva, una vez cerrado el concepto de «literatura latina clásica» en clave de literatura nacional, su «renacimiento» como tal literatura en la época moderna se convierte en una discutible pero eficiente categoría historiográfica y estética, ligada, asimismo, a la de su «tradición» en las otras literaturas emergentes. El gran comparatista P. van Tieghem enlaza los dos últimos conceptos<sup>40</sup>:

Llámanse propiamente Renacimiento de las letras a la continuación o restablecimiento de las tradiciones literarias de la Antigüedad griega y latina –hecho que se produjo en los siglos XV y XVI en la mayor parte de las naciones de la Europa occidental–, y se designa asimismo con el nombre de Renacimiento el primer período de la literatura moderna, período que comienza en ese momento para terminar en la época clásica. El Renacimiento de las letras es el hecho inicial de esa etapa y el que le comunica su carácter esencial. (van Tieghem 1965, p. 17)

En resumidas cuentas, las definiciones y expresiones que hemos expuesto y comentado se remiten al ámbito del positivismo y el historicismo, como puede verse cuando se dice que la literatura latina «forma escala en la historia» (Pérez Martín - Ortega Rubio 1882, p. 3). Por lo demás, no aparece en ningún caso la expresión «Tradición Clásica», si bien están perfectamente asentadas las condiciones para que ésta tenga lugar:

- Se alterna la formulación de «autores clásicos, griegos y latinos» con la de «literatura griega y latina clásica» (en consonancia con la de «lenguas clásicas») como expresión genuina de un pueblo.
- Se ha perfilado la denominación «literatura clásica latina», frente a «cristiana», a la que luego se sumará otro adjetivo como «romántica».

Que el concepto de «tradición» se ligara en una productiva juntura al adjetivo «clásico», con su doble sentido histórico y estético, sólo era cuestión de tiempo. Veamos como ejemplo cierto texto de Canalejas un poco posterior en el tiempo al de

<sup>39</sup> «La concepción de la singularidad del arte griego condicionado por el tiempo, el lugar y las instituciones, desarrollada por Winckelmann hasta hacer de ella su propia concepción de la historia del arte como historia de los estilos, no era ya conciliable de por sí con el clasicismo francés. El historicismo ilustrado excluía irrevocablemente la imitación de los antiguos» (Jauss 2000, pp. 77-78).

<sup>40</sup> Es interesante la crítica que Curtius (1989, p. 381) hace a los criterios generales de periodización de este autor.

Comparetti, que leeremos más adelante, donde se bordea, precisamente, la juntura de «Tradición Clásica»:

...la corriente *clásica*, infiltrándose en nuestro arte y en nuestra ciencia, acrecentaba las dotes nativas del genio nacional con el recuerdo de las inspiraciones *tradicionales*, según patentiza la historia de nuestra civilización... (Canalejas y Méndez 1874-1876, I, p. I)

Obsérvese que con el término «tradicional» se sobreentiende la referencia a la tradición culta, de carácter clásico. Será justamente cuando se amplíe su designación a otras tradiciones cuando se requiera el adjetivo «clásica».

#### 4. «CLÁSICO» FRENTE A «MODERNO», «CRISTIANO» Y «POPULAR». EL NUEVO CONCEPTO DE «TRADICIÓN CLÁSICA»

Hemos observado en el apartado anterior que cuando se habla de «tradiciones literarias», en sentido absoluto, o de «inspiraciones tradicionales», la expresión se refiere inequívocamente a la tradición culta, ligada a la autoridad de los autores grecolatinos. Este es el contexto dentro del cual Domenico Comparetti publica en 1872 un libro esencial para estudiar la tradición, culta y popular, de Virgilio durante un momento determinado de la historia: *Virgilio nel medio evo*<sup>41</sup>. El libro es importante, entre otras cosas, porque, como ha señalado Gabriel Laguna (2004), sería este autor italiano quien utiliza por primera vez la juntura «Tradición Clásica» en el Capítulo VII de la primera parte:

...È tale infatti l'uso che abbiamo veduto farsi di quel nome nelle espressioni d'odio o di disprezzo, di amore o di stima per gli antichi scrittori pagani, che evidentemente ne risulta essere, per tutti gli scrittori del medio evo, Virgilio il sommo rappresentante *dell'antica tradizione classica*. (Comparetti 1967, p. 118)

Observa también Laguna que Comparetti considera la «Tradición Clásica» como «el legado literario grecolatino, pagano, tal como se transmitió en la Edad Media»<sup>42</sup>. Esto tiene una consecuencia importante, pues si Comparetti es el primero en utilizar el término es reseñable que no lo haga a partir del Renacimiento, que es como después se ha entendido con mayor amplitud<sup>43</sup>. Comparetti, que se inscribe claramente dentro del historicismo, utiliza el método positivista que podemos denominar de «a en b»<sup>44</sup>, dedu-

<sup>41</sup> Hemos manejado la edición italiana de «La nuova Italia» (Comparetti 1967).

<sup>42</sup> Y continúa diciendo: «Parece que Highet tomó la juntura léxica para adaptarla a un concepto ligeramente diferente: la influencia de la cultura clásica en el mundo moderno» (Laguna 2004, p. 88).

<sup>43</sup> Véase a este respecto lo que hemos señalado antes acerca del libro de González Rolán *et alii* (2002).

<sup>44</sup> Vega y Carbonell (1998, pp. 47-48) sitúan este modelo en la etapa denominada «Comparatismo de las cátedras», es decir, del comparatismo de la primera mitad del siglo XX, con nombres como el de Fernand Baldensperger o Paul van Tieghem. No obstante, el modelo ya puede encontrarse con toda claridad en la segunda mitad del siglo XIX, en obras como *Horacio en España*, de Menéndez Pelayo.

cible ya en su propio título: «Virgilio en la Edad Media»<sup>45</sup>. También cabe observar otras interesantes cuestiones en el uso que hace Comparetti de la expresión «Tradición Clásica». Para empezar, cuando habla en otro lugar de «tradicional», se sobreentiende que se trata de la «tradicción culta» (lo hemos visto en el manual de Canalejas), pues la «tradizione» es la «culta» por antonomasia, algo que, sin embargo, acabará cambiando a favor de lo popular («tradiciones populares»). Debe recordarse, a este respecto, que Comparetti tiene clara esta dicotomía, ya que distribuye claramente su estudio de Virgilio entre la tradición literaria («tradizione letteraria», de carácter culto) y la leyenda popular («leggenda popolare») <sup>46</sup>. Observamos, además, que utiliza combinados los adjetivos «antica» y «classica». Como ya hemos visto antes, los adjetivos «antigua» y «clásica» no equivalen a lo mismo, mas son complementarios. «Antiguo» tiene que ver, como sabemos, con la Antigüedad, en oposición al mundo moderno, mientras que «clásico» se relaciona específicamente con el mundo grecolatino pagano, en oposición a lo cristiano <sup>47</sup>. Debe observarse que Comparetti utiliza la juntura «lettere classiche» (Comparetti 1967, p. 119), tan cercana a la de «tradizione classica», al mismo tiempo que se refiere a los autores grecolatinos como «antichi autori pagani» (Comparetti 1967, p. 119). Es posible resumir lo hasta aquí expuesto mediante el siguiente esquema de oposiciones léxicas que da cuenta de la compleja juntura «antica tradizione classica»:

antiguo / moderno  
clásico (pagano) / cristiano y también romántico  
tradición (culta) / leyenda (popular)

<sup>45</sup> Es oportuno observar que «medievo», o «Edad Media», es una categoría historiográfica del siglo XVIII que surge, precisamente, para caracterizar este período de la historia que se sitúa entre la «Edad Antigua» y la «Edad Moderna». Koselleck (1993, pp. 292-293) observa cómo el concepto de Edad Media va cobrando forma a partir de la progresiva conciencia de un *medium tempus* que comienza a configurarse en la época de los humanistas, pues cuando éstos apelan al renacer de la Antigüedad en su propio tiempo interponen y limitan un ínterin «bárbaro».

<sup>46</sup> Véase lo que dice Pedro Salinas al respecto en su libro sobre Jorge Manrique (Salinas 1981, pp. 103-118): «Tengo a ese concepto de tradición por injustamente exclusivo y en exceso intelectual. Su aserto es verdadero referido a la forma suprema de tradición, a la tradición culta...». La frontera entre lo culto y lo popular no es, sin embargo, tan fácil de perfilar en la práctica. Precisamente, como «tradicionalidad literaria» conocemos los estudios encaminados a trazar la continuidad de temas y formas de la poesía antigua en el mundo moderno. Así lo expresa Lida de Malkiel al comienzo de su artículo titulado «Transmisión y recreación de temas grecolatinos en la poesía lírica española» (Lida de Malkiel 1975, p. 37): «Los siguientes estudios de tradicionalidad literaria –para emplear el término de Menéndez Pidal– se proponen rastrear desde sus orígenes la historia de varios motivos frecuentes en la lírica del Siglo de Oro español. En ellos la poesía moderna afirma doblemente su dependencia de la Antigüedad: por un lado, con la tradición ininterrumpida a través de la Edad Media; por otro, con los temas y formas retomados por el Renacimiento y vivificados en una nueva tradición que aunaba la herencia con el espíritu de los nuevos tiempos».

<sup>47</sup> Es interesante observar cómo Thomas Mann se hace eco de esta cuestión historiográfica en uno de los diálogos de su monumental novela *La montaña mágica*:

– ¡La Edad Media clásica! ¡Vaya combinación de palabras más extravagante!

– Perdone, pero utilizo el concepto de «clásico» en su sentido más propio, es decir, para designar el momento en que una idea alcanza su máximo grado de perfección. La Antigüedad no siempre fue clásica. (Mann 2006, p. 542).

Esta triple oposición nos lleva a una rica polisemia de la juntura «Tradición Clásica» por oposición a lo moderno, lo cristiano y lo popular. En lo que respecta a España, observamos que la expresión «Tradición Clásica» se documenta unos años más tarde, de la mano de Menéndez Pelayo (precisamente, entre 1880 y 1881 compone su *Historia de los heterodoxos españoles*) para referirse a la tradición del paganismo:

Tuvo que venir la férrea y bienhechora mano del Santo Oficio a destruir en el siglo XVI estos resabios de paganismo, de los cuales, como de cosa ya pasada y extinguida, hace una linda descripción el célebre humanista sevillano Juan de Mal-Lara en su *Philosophia Vulgar*: Centuria IX, refrán 31. «Llevaban a los caballeros, en sus andas, descubiertos, vestidos de las armas que tuvieron, puesto el capellar de grana, calzadas las espuelas, sin espada al lado, y delante las banderas que habían ganado... Llevaban una ternera que bramase, los caballos torcidos los hocicos, y a los galgos y lebreles que había tenido, daban de golpes para que aullasen. Tras de ellos iban las endechaderas, cantando en una manera de romances lo que avia hecho.» «Ut qui conducti in funere plorant», que decía Horacio. ¡Tanta fuerza tuvo en los pueblos latinos la *tradición clásica*, que algunos suponen destruída y cortada en los tiempos medios! Añade Juan de Mal-Lara, que «en derredor de algunas sepulturas antiguas de Salamanca y de otras partes se puede ver esta pompa y las mismas endechaderas, hecho todo de mármol». Y dice el Sr. Amador de los Ríos, que en el sepulcro del Obispo D. Domingo de Arroyuelo, existente en la capilla del Condestable de la Catedral de Burgos, se ve una escena de duelo. De estos cantos fúnebres sólo queda una muestra: lo que el pueblo portugués cantaba en la sepultura del condestable Nuño Álvarez Pereira, el héroe de Aljubarrota. (Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, CSIC, 1946-1948, II, p. 429 *apud* CORDE)

Menéndez Pelayo equipara «Tradición Clásica» a «paganismo», si bien no debemos entender este aserto de manera peyorativa. De hecho, la relación de Menéndez Pelayo con el paganismo es más que ambigua y no debe olvidarse que sus notas correspondientes a la *Bibliografía hispano-latina clásica* están encaminadas a defender, mediante un monumental acopio de datos, la existencia de una arraigada tradición clásica latina en el ámbito hispano.

Azorín, por su parte, utiliza en 1903 la juntura, esta vez en oposición a «modernismo», en el sentido general de exaltación de lo moderno, y dentro de su visión dinámica del uso que debe hacerse del mundo clásico y humanístico:

Vicente Espinel era un modernista, hizo lo que hoy están haciendo los poetas jóvenes: innovó en la métrica. Y hoy los mismos viejos que denigran a los poetas innovadores encuentran muy lógico y natural componer una décima. El arcipreste de Hita se complace en haber mostrado á los simples fablas et versos extrannos. Fue un innovador estupendo, y esos versos extrannos causarían de seguro el horror de los viejos de su tiempo. De Boscán y Garcilaso no hablemos; hoy se reprocha a los jóvenes poetas americanos de lengua castellana que vayan a buscar a Francia su inspiración. ¿Dónde fue a buscarla Boscán, que nos trajo aquí todo el modernismo italiano? Lope de Vega, el más furibundo, el más brutal, el más enorme de todos los modernistas, puesto que rompe con una abrumadora *tradición clásica*, será, sin duda, aplaudido por los viejos cuando se representa una obra suya, ¡una obra que es un insulto a Aristóteles, a Vida, \* a López Pinciano y a la multitud de gentes que creían en ellos, es decir, a los viejos de aquel entonces!

«Imitad a los clásicos –se dice a los jóvenes– no intentéis innovar». ¡Y esto es contradictorio! La buena imitación de los clásicos consiste en apartar los ojos de sus obras y ponerlos en lo porvenir; ellos lo hicieron así. No imitaban a sus antecesores: innovaban. De los que fueron fieles a la tradición, ¿quién se acuerda? Su obra es vulgar y anodina; es una repetición del arquetipo ya creado... (José Martínez Ruiz «Azorín», *Antonio Azorín*, Madrid, Castalia, 1992, pp. 136-137 *apud* CORDE)

En todo caso, la adjetivación que a partir del decenio de 1870 se da a la palabra «tradición», entendida hasta entonces, en sentido absoluto, como la transmisión culta de la cultura y la literatura grecolatina a lo largo de las Edades Media y Moderna, obliga a perfilar su ámbito de designación. Están surgiendo de manera cada vez más clara formas literarias y artísticas alternativas a esa tradición. Entre ellas, destacan el romanticismo y, de forma más genérica, la modernidad, o la tradición moderna, según Octavio Paz:

A pesar de la contradicción que entraña, y a veces con plena conciencia de ella, como en el caso de las reflexiones de Baudelaire en *L'art romantique*, desde principios del siglo pasado se habla de la modernidad como de una tradición y se piensa que la ruptura es la forma privilegiada del cambio. Al decir que la modernidad es una tradición cometo una leve inexactitud: debería haber dicho, *otra* tradición. La modernidad es una tradición polémica y que desaloja a la tradición imperante, cualquiera que ésta sea; pero la desaloja sólo para, un instante después, ceder el sitio a otra tradición que, a su vez, es otra manifestación momentánea de la actualidad. (Paz 1993, p. 18)

De esta forma, ante la llamada «Tradición Clásica» se origina la conciencia de una «tradición moderna», cada vez más presente a medida que entremos en el siglo XX. Asimismo, el folklorismo reclama paulatinamente con más insistencia la categoría de «tradición popular», lo que obliga a repartir conceptualmente la palabra «tradición», antes sólo asociada a la tradición culta<sup>48</sup>. Toda esta complejidad puede quedar reflejada perfectamente en este esquema:

TRADICIÓN	{	ANTIGUA / MODERNA CLÁSICA (PAGANA) / CRISTIANA, ROMÁNTICA (TRADICIÓN) CULTA / (LEYENDA) POPULAR
-----------	---	-------------------------------------------------------------------------------------------------------

Si en los años 70 del siglo XIX se cuestiona que la «tradición» tenga que ser «clásica» por antonomasia, en la década de los años 40 del siglo XX lo que se cuestiona es el propio lugar de ser de esa «Tradición Clásica» dentro de una cultura europea cada vez más en crisis. A resultas de esta situación, no es casual que varios autores reivindicquen en ese momento las raíces grecolatinas de la cultura europea, probablemente como consecuencia de la profunda crisis en la que ha entrado la que, desde Goethe,

---

<sup>48</sup> De una manera parecida, hoy día las actuales secciones de «Cultura» que encontramos en nuestros periódicos se ven paulatinamente invadidas por contenidos más propios de una sección de «Espectáculos» o mero «Ocio».

conocemos como «cultura burguesa»<sup>49</sup>. Curtius publica su *Literatura europea y Edad Media Latina* en 1948, y en 1949 Highet da a las prensas oxonienses su *The Classical Tradition*. Ambos libros, con sus virtudes y defectos, en buena medida señalados por las imprescindibles reseñas críticas de Lida de Malkiel<sup>50</sup>, ofrecen ya una visión más rica de la Tradición Clásica que la decimonónica, aceptando su convivencia con tradiciones y corrientes propiamente modernas. De esta forma, el paradigma «A en B» comienza a encontrar alternativas según otros presupuestos tendentes a considerar la literatura desde el punto de vista de las relaciones entre sus diferentes autores y obras. La relación concreta entre las literaturas antiguas y modernas ofrece nuevas posibilidades de estudio, donde no puede obviarse la capacidad de selección y reinterpretación que tienen los propios receptores modernos<sup>51</sup>. A este respecto, Lida de Malkiel observa atinadamente que la relación supone un «juego complejo»:

La «moraleja» de la historia del influjo grecorromano enseña, pues, que la Antigüedad clásica no vale como panacea ya confeccionada y lista para cualquier caso, sino como estímulo que ha sabido arrancar altísimas respuestas de las naturalezas privilegiadas, sin poder, claro está, convertir en privilegiadas a las naturalezas que no lo son. El «influjo» grecorromano –no nos engañe la metáfora– no es un fluido que mane de Homero y Virgilio con virtud de vivificar y ennoblecer cuanto toque: es un juego complejo en el cual, como muy bien demuestra el libro de Highet, tanto o más importantes que la belleza del arte clásico son las circunstancias de su acogida. (Lida de Malkiel 1975, pp. 364-365)

Este «juego complejo» implica la impronta de los diversos agentes que intervienen en la transmisión de la literatura antigua: los antiguos abren nuevas posibilidades a los modernos, pero éstos pueden modificar mediante sus lecturas y reescrituras la visión que tenemos de aquéllos. En definitiva, es posible estudiar la relación entre las literaturas antiguas y modernas desde presupuestos donde los autores modernos no son meros receptores, sino que tienen también mucho que decir acerca de los antiguos, dada su capacidad para reinterpretarlos y volver a contar la literatura grecolatina desde sus nuevas perspectivas históricas. De hecho, en cierto momento fue la propia Historia Literaria, frente a la tradicional Poética, la que entró a formar parte del juego de esta interpretación, hasta el punto de que llegó a crear incluso el término historiográfico preciso para denominar la propia historia del legado grecolatino: la Tradición Clásica.

<sup>49</sup> Cultura amenazada por los totalitarismos de antes de la II Guerra Mundial y, después, por el desmembramiento de los viejos imperios coloniales y la extensión de los regímenes comunistas. Autores como T.S. Eliot, Thomas Mann o Jorge Luis Borges se van a hacer eco de esta situación (García Jurado 2005c y 2006).

<sup>50</sup> «Perduración de la literatura Antigua en Occidente (a propósito de Ernst Robert Curtius, *Europäische Literatur und Lateinisches Mittelalter*)» (Lida de Malkiel 1975, pp. 269-338) y «La tradición clásica en España» (Lida de Malkiel 1975, pp. 339-397).

<sup>51</sup> Es significativo que, sólo unos años antes, en 1932, publique también T.S. Eliot su primera edición de los *Selected Essays* (aquí se cita por la tercera, de 1951), donde plantea nuevas posibilidades de relación entre lo antiguo y lo moderno: «The existing order is complete before the new work arrives; for order to persist after the supervention of novelty, the whole existing order must be, if ever so slightly, altered; and so the relations, proportions, values of each work of art toward the whole are readjusted; and this is conformity between the old and the new» (Eliot 1951, p. 15).

## 5. CONCLUSIONES

La acuñación de la juntura «Tradición Clásica», lejos de ser un hecho puntual o anecdótico, supone, sobre todo, la constatación de un estado de cosas desarrollado a lo largo de un siglo, desde finales del XVIII hasta las postrimerías del XIX. Para empezar, su configuración requería de un concepto previo, el de «literatura latina clásica», entendida ésta como el conjunto de autores que escriben en latín y reflejan el espíritu del Pueblo Romano antes del advenimiento del cristianismo. Asimismo, se requirió de la nueva lectura no sólo estética, sino también histórica, del antiguo adjetivo «clásico». Delimitado, pues, el concepto de literatura latina clásica, se crea la necesidad de estudiar tanto el «renacimiento» de tales letras clásicas en el mundo moderno como la propia extensión de las formas y motivos de la literatura grecolatina en las literaturas modernas. Todo ello terminó por configurar los llamados «estudios tradicionales», que requirieron del adjetivo «clásico» habida cuenta de su oposición a «lo moderno», «lo cristiano/romántico» y «lo popular». Esta circunstancia, asimismo, nos ha llevado previamente a estudiar la evolución del adjetivo «clásico», desde la metáfora social utilizada por Aulo Gelio hasta las nuevas junturas que permitieron su uso para referirse, por antonomasia, a las lenguas y literaturas de Grecia y Roma:

«Clásicos»	«Autores clásicos grecolatinos»	«Literaturas clásicas»	«Lenguas clásicas»	«Tradición Clásica»
Aulo Gelio y Renacimiento	siglo XVIII	siglo XIX	siglo XIX	Finales del siglo XIX

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIAR E SILVA, V.M. (1984), *Teoría de la literatura*, Madrid, Gredos.
- ÁLVARO SÁNCHEZ, R. - GARCÍA JURADO, F. (2000-2001), «La enseñanza de las humanidades en la Ilustración valenciana: el testimonio de Juan Sempere Guarinos», *Revista de Abenzoes* 7, pp. 27-47.
- ANDRÉS, J. (1997), *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura. Volumen I. Estudio preliminar. Tomos I y II*, Edición de Jesús García Gabaldón, Santiago Navarro Pastor y Carmen Valcárcel Rivera, dirigida por Pedro Aullón de Haro, Madrid, Verbum.
- BIELER, L. (1983), *Historia de la literatura romana*, Madrid, Gredos.
- BLECUA, A. (2004), «El concepto de *Siglo de Oro*», en L. Romero Tobar (ed.), 2004a, pp. 115-160.
- CAEROLS, J.J. (1996), *Las literaturas clásicas en Juan Andrés*, Madrid, Asociación Española de Eslavistas.
- COMPARETTI, D. (1967), *Virgilio nel medio evo*, Florencia, La nuova Italia.
- CRISTÓBAL, V. (1999), «Tradición Clásica y Pervivencia de la Literatura latina», en *Proyecto docente y de investigación*, Inédito, Madrid, UCM, pp. 163-249.

- CRISTÓBAL, V. (2005), «Sobre el concepto de tradición clásica», en Signes Codoñer, *et alii*, pp. 29-34.
- CURTIUS, E.R. (1989), *Literatura europea y Edad Media Latina* 1-2, México - Madrid - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- ELIOT, T.S. (1951), «Tradition and the individual talent», en *Selected essays*, Londres, Faber and Faber, pp. 13-22.
- FUMAROLI, M., (2001), «Les abeilles et les araignes», en A.-M. Lecoq (ed.), *La Querelle des Anciens et des Modernes. XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*, París, Gallimard, pp. 7-218.
- GARCÍA JURADO, F. (2004a), Reseña del libro de Tomás González Rolán, Pilar Saquero y Antonio López Fonseca, *La tradición clásica en España (siglos XIII-XV). Bases conceptuales y bibliográficas* (Madrid, Ediciones Clásicas, 2002), en *Liceus* 10, pp. 90-91.
- GARCÍA JURADO, F. (2004b), «La historiografía de la literatura latina y su conciencia en los autores modernos: visiones divergentes del canon y la decadencia en Pérez Galdós y Huysmans», *CFC (L)* 24, pp. 115-147.
- GARCÍA JURADO, F. (2004c), «La Iglesia Católica contra la enseñanza de los clásicos en el siglo XIX: el abate Gaume y su repercusión en España. Una página poco conocida de la educación clásica», *EC* 125, pp. 65-81.
- GARCÍA JURADO, F. (ed.), (2005a), *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*, Málaga, Analecta Malacitana.
- GARCÍA JURADO, F. (2005b), «La literatura como historia. Entre el pensamiento ilustrado y la reacción romántica», en García Jurado, 2005a, pp. 47-65.
- GARCÍA JURADO, F., (2005c), «Borges, las lenguas clásicas y la cultura europea», *Variaciones Borges* 20, pp. 231-249.
- GARCÍA JURADO, F., (2006), «La educación clásica y el fin de la cultura europea: Mann, Eliot y Borges», *Mil Seiscientos Dieciséis* 11, pp. 61-70.
- GARCÍA JURADO, F., en prensa, «La reinención del Renacimiento en el siglo XIX: aspectos estéticos y políticos», en *IV Congreso internacional de Humanismo y Pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*, Alcañiz, 9-14 de mayo de 2005.
- GIANOTTI, G.F. (1988), «Per una storia delle storie della letteratura latina. I Parte», *Aufidus*, 5, pp. 47-81.
- GÓMEZ MORENO, A., «Letras latinas, tradición clásica y cultura occidental», *eHumanista* 7, 2006, pp. 37-54 (dirección electrónica [http://www.spanport.ucsb.edu/projects/ehumanista/volumes/volume\\_07/Articles/3%20Gomez.pdf](http://www.spanport.ucsb.edu/projects/ehumanista/volumes/volume_07/Articles/3%20Gomez.pdf), consultada el 2 de febrero de 2007)
- GONZÁLEZ ROLÁN, T. - SAQUERO, P. - LÓPEZ FONSECA, A., 2002, *La tradición clásica en España (siglos XIII-XV). Bases conceptuales y bibliográficas*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- HEESAKKERS, Ch.L. (2005), «El clasicismo francés y su proyección en Europa. La Querelle de los antiguos y los modernos», en Signes Codoñer *et alii*, 2005, pp. 399-405.
- HIGHET, G. (1949), *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford, Clarendon Press.
- HUALDE PASCUAL, P. - GARCÍA JURADO, F. (2005), «El nacimiento de una asignatura. Legislación, manuales y programas de curso», en García Jurado 2005a, pp. 67-83.
- JAUSS, H.R. (2000), *La historia de la literatura como provocación*, Barcelona, Península.
- KOSELLECK, R. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- LAGUNA MARISCAL, G. (2004), «¿De dónde procede la denominación “Tradición Clásica”?», *CFC (L)* 24, pp. 83-93.

- LIDA DE MALKIEL, M<sup>a</sup>R. (1975), *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel.
- LOLIÉE, F. (1905), *Historia de las literaturas comparadas desde sus orígenes hasta el siglo XX*. Versión española por Hermenegildo Giner de los Ríos, Madrid, Daniel Jorro.
- MANN, T., 2006, *La montaña mágica*, Traducción de Isabel García Adanes, Barcelona, Edhasa.
- MARAVALL, J.A. (1972), «Mentalidad burguesa e idea de la historia en el siglo XVIII», *Revista de Occidente* 107 (2<sup>a</sup> época), pp. 250-286.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, A. (1999), *Los verbos de «dar» en latín arcaico y clásico. Análisis estructural de un campo semántico*, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad.
- MARTÍNEZ GARCÍA, O. (2005), «La cuestión homérica en España», en García Jurado 2005a, pp. 247-266.
- MASSAI, F. (1965), «La notion de Renaissance. Equivoques et malentendus», *Revue Belge d'Archéologie et d'Histoire de l'Art* 35, pp. 139-140.
- MORÁN, C. (2006), «El Darwin de los pupitres», *El País* (lunes 6 de noviembre de 2006), p. 50.
- PAZ, O. (1993), *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Banco de datos (CORDE) [en línea]*. *Corpus diacrónico del español*, <<http://www.rae.es>> [13 de noviembre de 2006].
- RICO, F., (2003) *El sueño del humanismo*, Madrid, Alianza.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (2004), «Griego y latín, ¿lenguas muertas?», *EC* 125, pp. 7-16.
- ROMERO TOBAR, L. (ed.), (2004a), *Historia literaria / Historia de la literatura*, Zaragoza, Prentice Hall.
- ROMERO TOBAR, L. (2004b), «La historia literaria, toda problemas», en Romero Tobar, 2004a, pp. 67-85.
- SAAVEDRA FAJARDO, D. (2006), *República literaria*, edición de Jorge García López, Madrid, Crítica.
- SALINAS, P. (1981), *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, Barcelona, Seix Barral.
- SIGNES CODOÑER, J. et alii (eds.), 2005, *Antiquae Lectiones. El legado clásico desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Madrid, Cátedra.
- VAN TIEGHEM, P. (1965), *Compendio de historia literaria de Europa (desde el Renacimiento)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- VEGA, M<sup>a</sup> J. (1991), «Lenguas muertas. El Tópos de la muerte de las lenguas clásicas en la querrela quinientista sobre el vernacular», *EC* 99, pp. 31-47.
- VEGA, M<sup>a</sup> J. y CARBONELL, N. (1998), *La literatura comparada: principios y métodos*, Madrid, Gredos.
- VILLALAÍN BENITO, J.L. (1999), *Manuales escolares en España. Tomo II. Libros de texto autorizados y censurados (1833-1874)*, Madrid, UNED.
- VIVES, J.L. (1994), *Linguae Latinae Exercitatio: «Ejercicios de lengua latina»*, traducción y notas por Fancisco Calero y M<sup>a</sup> José Echarte, Valencia, Ajuntament de Valencia.

## MANUALES Y PROGRAMAS DE LITERATURA CITADOS

- ÁLVAREZ AMANDI, J. (1880), *Lecciones de literatura latina*, Oviedo, Imprenta de E. Uría.
- BAEHR, J.F. (1879), *Historia de la literatura latina por el Dr. Juan Félix Baehr, vertida al castellano de la tercera edición germánica por el doctor Don Francisco María Rivero*, Madrid, Librerías de Francisco Iravedra / Antonio Novo.

- BELLO, A., *s.d.*, *Historia de las literaturas de Grecia y Roma*, Madrid, Sociedad Española de Librería.
- BARBADO Y PATIÑO, F. (1888), *Historia crítica de la literatura clásica latina*, Sevilla, Imp. de El Tribuno.
- CANALEJAS Y MÉNDEZ, J. (1874-1876), *Apuntes para un Curso de literatura latina, redactados por José Canalejas y Méndez, profesor auxiliar de Principios generales de literatura de la Universidad Central. I-II*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Manuel Martínez.
- COSTANZO, S. (1862), *Manual de Literatura Latina con una breve noticia de la literatura latino-cristiana, y un catálogo bibliográfico de las obras y los escritores etc.*, Madrid, Establecimiento tipográfico de D. Francisco de P. Mellado.
- DÍAZ, J. (1874), *Compendio histórico-crítico de la literatura latina, dividido en lecciones, con cuatro apéndices [...] Obra de texto, aprobada desde 1849. Cuarta edición*, Barcelona, Imprenta del Diario de Barcelona.
- GONZÁLEZ GARBÍN, A. (1880), *Lecciones histórico-críticas de literatura clásica latina, para uso de los alumnos que cursan esta asignatura en la facultad de Filosofía y Letras*, Granada, José López de Guevara.
- PÉREZ MARTÍN, F. - ORTEGA Y RUBIO, J. (1882), *Curso de Literatura Latina, por D. Félix Pérez Martín, Catedrático que fue de la Asignatura en la Universidad de Valladolid. Segunda Edición corregida por D. Juan Ortega y Rubio, hijo político del autor y catedrático de Historia Universal de la misma universidad*, Valladolid, Imprenta, Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez.
- SCHLEGEL, F. (1843), *Historia de la literatura antigua y moderna, escrita en alemán por Federico Schlegel, traducida al castellano por P.C. I-II*, Barcelona - Madrid, Imprenta de Cuesta.
- TERRADILLOS, A.M. (1846), *Manual Histórico-Crítico de la Literatura Latina*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Jordán e Hijos.
- TERRADILLOS, A.M. (1848), *Curso Elemental de Literatura Latina*, Madrid, Imprenta La Ilustración.
- VILLAR Y GARCÍA, M. (1866), *Historia de la Literatura Latina*, Zaragoza, Imprenta Cesar-Augustana de Gregorio Juste.
- WOLF, F.A. (1787), *Geschichte der Römischen Litteratur: nebst biographischen und litterarischen Nachrichten von der lateinischen Schriftstellern, ihren Werken und Ausgaben. Ein Leitfaden für akademische Vorlesungen von Friedr. Aug. Wolf*, Halle, Hemmerdeschen Buchhandlung.